

**Rebeca B.**

**Bajo**

**Tu taque**

**Romance entre una mujer dominante  
y un hombre complaciente**

Bajo tu toque

*Romance entre una mujer dominante y un hombre  
complaciente*

Rebeca B.

Copyright © 2018 Rebeca B.

Todos los derechos reservados

## Contenido

[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[EPILOGO](#)

# CAPÍTULO 1

## RAFA

Cinco años. Tres meses. Cuatro días. Dos horas.

Todo ese tiempo viéndola pararse frente a la junta directiva, manipulándolos a todos con su inteligencia, con su dominio, y con esos malditos ojos. Todo ese tiempo, y aun no podía encontrar la forma de no perder el aliento cada vez que entraba en la habitación.

La despreciaba. A ella. Completamente.

Quería algo que no debería querer, y que nunca tendría.

—Rafael. Te toca a ti. —No tenía ni idea de cuánta razón tenía. Siempre estaba cerca de ella. Todo el mundo lo estaba.

Ella me miró, sus ojos marrones oscuros llenos de intensidad. El nuevo anuncio que proponía a los directivos en la sala de juntas era arriesgado y, sin embargo, nos haría ganar un buen dinero si pudiéramos superar sus sensibilidades conservadoras.

Su largo cabello negro estaba en un bollo desordenado, y sus anteojos la hacían parecer una bibliotecaria sexy que estaba al borde del escritorio esperando ser azotada. Lástima que era la agente de publicidad de nuestra firma.

—Correcto. Gracias, Paulette. Gran apertura, como de costumbre —Tomé el control remoto que tenía delante y lo apunté hacia la pantalla. Me hizo un movimiento sutil para que me pusiera de pie. La ignoré. Mi pene estaba furioso después de mirarla y lo último que quería hacer era asustar a todos en la habitación con mi inmoralidad sexual.

Presioné el botón y miré por toda la habitación al elenco de payasos de pelo blanco que gobernaba nuestro mundo. —Si prestan atención a la pantalla, primero les mostraré el nuevo anuncio, y luego les explicaré por qué es tan bueno para nosotros.

Los murmullos corrían por la habitación, pero los ignoré. Había estado en el negocio desde que salí de la universidad casi quince años antes. Paulette tenía su posición por encima de mí sólo por un margen, y aunque era alguien a quien admiraba, si llegaba a tener una pizca de posibilidad, la sacaría del juego. Sin cuestionamientos.

Mis ojos se movieron para recorrer todo su cuerpo mientras ella atenuaba las luces del video. Su falda de lápiz apretada tiraba de sus deliciosas curvas, dejando mi pulso más alto de lo que debería. Se apoyó contra la pared y me miró con una sonrisa apretada antes de volver a prestar atención a la presentación.

No podía forzarme a dejar de mirarla. La atención de todos estaba en la pantalla al otro lado de la habitación, pero la mía estaba trabajando duro para descubrir cómo seducir a la mujer que estaba a diez pasos de mí y que aparecía en mis sueños más lujuriosos por las noches.

Ya. Basta ya. Eso no sucederá. Piensa en Vicky. Los niños.

Tus hijos. Eso empapó mi necesidad de agua fría. Haría cualquier cosa por mis dos hijos, incluso quedarme en un matrimonio sin amor con una princesa que se había convertido en la bruja hace años.

Esperé unos minutos antes de controlarme y luego me puse de pie al terminar el video. —Como verán, el anuncio es un poco más cargado sexualmente en comparación a los que hemos producido y promovido antes, pero nuestro cliente está buscando obtener una ventaja frente a la competencia, y con su público objetivo siendo hombres entre los dieciocho y veintiocho años, creemos que añadir algo de este carácter es la respuesta.

—Es una ordinariez. No me gusta —Uno de los miembros de la junta me miró a través de la mesa. —No representa a nuestra marca en absoluto. Piensen en otra cosa.

—Espera un momento, Frank —Paulette se movió de la pared y caminó al frente de la habitación. Levantó un poco la barbilla y enderezó la espalda mientras presionaba las manos contra las caderas. El movimiento hizo que sus pechos sobresalieran, y maldita sea si mi pene no se movió por debajo de mis pantalones. La mujer sería la muerte de mi carrera. —No se trata sólo de sexo, sino de las emociones que lo acompañan.

Ella se inclinó y presionó sus manos sobre la brillante mesa que tenía ante su cuerpo.

—Explícate —La voz de Frank se suavizó, y pude verlo derretirse como todos los demás. Aunque no necesitaba nada más que su inteligencia para mover montañas, no le molestaba usar su rostro increíblemente bello y su cuerpo malvadamente caliente. Ni en lo más mínimo.

—¿Qué emociones hacen que el sexo brote dentro de ti? ¿Qué te hace querer hacer el amor con una mujer sexy? Tal vez en el pasado, cuando encontrabas a una mujer atractiva y no podías dejar de pensar en ella. ¿Qué



emociones estaban asociadas a eso?

Odiaba el hecho de que las palabras se me escaparan de los labios mientras la veía hablarle a él. —Cumplimiento. Aceptación. Poder.

—Sí. Bien, Rafael. Poder. —Ella sonrió y volvió a prestar atención a Frank. —El poder, mi viejo amigo. Eso es lo que queremos hacer sentir desde lo más profundo de estos hombres a los que apuntamos. El poder es muy sexy. Necesitas que este nuevo auto parezca poderoso, y a cambio... conseguirás sexo.

—Mucho sexo —Uno de los otros miembros habló y todos se rieron.

Frank agitó la cabeza. —Lo entiendo, pero no me gusta. Saca a la mujer del segundo cuadro con el pequeño vestido. Casi puedo ver sus bragas, Paulette. Eso no es necesario, y las redes podrían prohibirlo

—Estoy de acuerdo. —Dije, me levanté de la mesa y encajé el marco en cuestión, el de la rubia atractiva con poca ropa. —Podríamos tenerla con un vestido similar, pero que deje más a la imaginación

—Tenemos que discutirlo. —Dijo Paulette. Sus ojos se entrecerraron sólo un poco al cerrar la mandíbula. No estaba contenta conmigo, pero todo era parte del juego. No tenía derecho a ganar todo el tiempo. No estábamos follando, ni lo haríamos nunca.

Soy leal a la bruja.

—De acuerdo, pero creo que Frank tiene razón —Me detuve al lado de la pantalla y crucé los brazos sobre mi pecho. —Que tal esto... volveremos a trabajar el marco, enviaremos los dos videos, y ustedes caballeros podrán votar por e-mail mañana por la mañana

—Me gusta eso. Gracias, Rafael. —Frank se puso de pie. —¿Hemos terminado?

—Terminamos —Paulette retrocedió y sacó algo de su maletín mientras todos salían de la habitación. Tan pronto como el último miembro se fue, dejé de respirar rápidamente y caminé hacia ella.

—No está mal. Creo que vamos a ganar esto...

—Si vuelves a enfrentarte a mí delante de todos sin avisar, te comeré vivo —Levantó la cabeza y dio el último paso entre nosotros, presionando su uña perfectamente cuidada contra mi pecho. La pasión en su cara era abrasadora. Cada célula de mi cuerpo gritaba para que cerrara la distancia entre nosotros.

Agárrala y cógetela hasta que no quisiera amenazarme nunca mas. Muéstrale. Ahora.

—No estás lista para esto, Pau. Soy un tipo grande y no eres suficiente

mujer para manejarme. —Agarré su mano y la bajé lentamente, arrastrando su dedo hacia abajo por la parte delantera de mi cuerpo y arrojándola a un lado justo antes de que golpeará la parte superior de mi cinturón.

La forma en que la pasión se movía a través de su fuerte mirada dejó mi estómago apretado, mi pene creciendo grueso y duro en un tiempo récord. Sólo ella podía hacer eso, y yo estaba más que adicto a su poder sobre mí, aunque lo odiaba con pasión.

—Te manejaré como a cualquier otro hombre en mi vida —Me ahuecó y se inclinó, pasando su nariz por encima de la mía. —Te comeré de un puto mordisco a la vez. —Me mordió antes de arrastrar sus uñas por debajo de mis pelotas y recoger su maletín. —No me jodas de nuevo, Rafa. No disfrutarás que te devuelva el favor.

No podía hablar, ni quería hacerlo. El momento necesitaba quedarse donde estaba. Ella estaba a cargo, y por primera vez en mi larga vida, quise pasarle la batuta de la dominación y pedirle que me follara de cualquier manera que ella creyera posible.

Pero no lo haría, nunca, pero la idea me dejó tan cerca de acabar que me dolió.

Caminando hacia la puerta abierta, me asomé y la vi caminar por el pasillo antes de cerrar la puerta de la sala de conferencias y darle la espalda.

Mi corazón estaba en la base de mi garganta, latiendo salvajemente mientras jadeaba. Ella había sido una zorra indisciplinada desde que se unió a la firma hace cinco años y me quitó el siguiente ascenso al que postularía. Presioné mi mano sobre mi erección abultada y solté un gemido mientras mis caderas se ondulaban varias veces.

\*\*\*

Aunque nunca tuve la intención de que sucediera, me quedé allí de pie, con la mente en blanco, imaginando nada más que a ella frente a mi cara.

—Mierda. —me quejé y me entregué a ello. Necesitaba atención, y aunque tuviera que empezar a dárme la yo mismo... algo iba a tener que cambiar. Habían pasado tres meses desde la última vez que Vicky me dejó hacerle el amor. Y gracias a eso estaba preparado para cometer el mayor error de mi vida.

Mi pene se sentía bien en mi mano. Grueso, pulsante, caliente al tacto. Con los ojos cerrados, la imaginé de rodillas, con los ojos muy abiertos por la



sorpresa. ¿Cómo podría caber algo tan grueso en su boca?

Ella estaría mojada por mí. Completamente húmeda.

Me quejé y apreté las caderas, masturbándome lentamente mientras mi cuerpo temblaba. ¿Cuántas noches había imaginado tener a una mujer como ella para desahogar mi frustración? Ella es todo lo que quería... el tipo de mujer que no me rechazaría, no me ignoraría, no dejaría mi cama fría.

La electricidad atravesó el centro de mi estómago y me dio un fuerte empujón, el delicioso eco de lo que imaginé era un gemido de ella y sonaba como si me llevara al borde del abismo. Necesitaba atención. Lujuria. Pasión. Mierda, algo, lo que fuera. Pero no... no podría. Yo no era ese tipo. Nunca lo sería. Era leal, honesto, digno de confianza y muy solitario.

Pero no podía recordar haber deseado algo tanto como ahora. Tan desesperadamente como deseaba a Paulette de rodillas.

## CAPÍTULO 2

### PAULETT

Lo dejé mientras caminaba por el pasillo desde la sala de conferencias. Maldito Rafa por pisarme los pies delante de todos. Sería una perra si me obligaba.

Estaba teniendo problemas matrimoniales. Todos en la oficina habían estado susurrando a puerta cerrada. Era, por mucho, el hombre más sexy que había visto en años, así que su fallecimiento matrimonial era algo que debían celebrar las mujeres hambrientas de atención de la oficina.

Me importa una mierda su relación con su esposa, o su necesidad innata de mirarme como si yo fuera la siguiente mujer en la que planeaba hundir sus dientes. Era una espina clavada en mi costado y lo había sido durante los últimos cinco años.

Entre su pelo castaño perfectamente cortado y sus ojos azul oscuro, yo trataba de no babear. Lo hubiera logrado, hubiera ignorado su grueso pecho o su piel perfectamente bronceada. Su barba de chivo y el tatuaje en su hombro que se traslucía a través de sus camisas de color más claro si no dejaran mi sangre completamente caliente.

Jodidamente sexy.

La frustración corrió a través de mí mientras entraba a mi oficina y cerraba la puerta de golpe. Por mucho que odiara el drama, no podía evitar reaccionar de forma exagerada la mayoría de las veces. Era la razón principal por la que estaba felizmente soltera. La mayoría de los hombres que había conocido eran aburridos, sencillos, estancados. Para mí el drama era casi una necesidad.

Me senté en mi silla y me incliné hacia atrás mientras un suave golpe resonaba en la puerta.

—Adelante.

Mi secretaria, Gina, metió su cabeza en la habitación y sonrió. —¿Estás bien?

—Sí, odio tratar con esos tipos. Entra. —Le hice un gesto para que cerrara la puerta. Todos en la oficina se sentían intimidados por mí hasta el punto de murmurar un saludo tembloroso y salir de mi camino. Era mejor así. Cuantos menos sentimientos haya en mi vida laboral, mejor.

—¿Cómo fue la reunión con la junta? —Se sentó y cruzó las piernas mientras se inclinaba hacia atrás.

—Fue bueno y malo, supongo. —Di un suave suspiro. —Rafa y yo pasamos horas trabajando en este proyecto, perfeccionando cada pieza, y él tiene las pelotas para estar de acuerdo con Frank en una de las tomas que usamos de Tamara. ¡La que él mismo quería!

—No lo puedo creer ¿Sin hablar contigo? —Levantó la ceja mientras palidecía visiblemente.

Me reí y agité la cabeza. —Lo hizo a propósito. Le encanta presionar sus límites sobre mí de vez en cuando.

—Pero tú eres su jefe. —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, y estábamos en una habitación llena de hombres, y él tiene una cosa en común con todos ellos que yo no tengo —Me levanté y levanté el teléfono.

—¿Que es un hombre? —dijo Gina, sonriendo.

—Que tiene un pene, pero supongo que es lo mismo.

Ella se rio. —No vas a poder competir allí.

—Claro que sí. —Agarré mi bolso y le di una sonrisa descarada. —Me haré cargo del suyo.

—¿De su trabajo? —Ella también estaba de pie.

—No, de su pene.

\*\*\*

El bar de jazz que frecuentaba de vez en cuando estaba más lleno esa noche de lo que me hacía sentir cómoda, pero sentarme en casa y pensar en Rafa probablemente me llevaría más allá del punto de la locura. ¿Cuántas noches había trabajado en un frenesí con el sonido de su nombre?

—Demasiadas. —refunfuñé y miré a Ariel, mi barman favorito, mientras me sonreía como si tuviera un gran secreto que pronto podría compartir. —¿Qué?. —le dije.

—¿Quieres otro Martini, Pauly? —Se inclinó hacia adelante y tiró de la copa vacía de mi mano.

—Claro. Una más, pero eso es todo. —Sonreí y miré a mi alrededor. —¿Cuándo empieza la música?

—Pronto. Tal vez quince minutos —Ariel sirvió la bebida y me miró. Podría haber tenido la edad de mi padre, pero era mucho más acogedor que él. —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara. —Tomé el trago y me lo llevé a los labios.

—¿Por qué una mujer tan guapa como tú está sentada sola en un bar? Honestamente, me desconcierta cada vez que vienes aquí. Pienso en ello la mitad de la noche cuando te vas.

—¿Piensas en mí durante la noche? —me dibuje una sonrisa mientras se reía.

—¿Quién no lo hace? Sabes el poder que tienes sobre los hombres. —Se aclaró la garganta y se puso de pie. —¿Por qué no te buscas uno bueno y haces que te trate como a una reina?

—Ese no existe. —Miré a mi izquierda cuando un rubio de universidad se sentó y me dio una amplia sonrisa.

—¿Quién no existe? —preguntó el tipo y extendió su mano. —Adrian.

—Un hombre que pueda follar toda la noche. —Extendí mi mano, disfrutando demasiado de la forma en que sus ojos se abrieron de par en par.

Ariel se rio y golpeó la parte superior del bar frente al tipo, llamando su atención. —Está fuera de tu alcance, amigo. ¿Qué te traigo de beber?

Le recompensé a Ariel con una risita antes de levantarme del bar y tomar mi bebida para pararme a un lado de la habitación mientras la banda subía al escenario.

Un suave grito salió de mis labios cuando alguien se movió detrás de mí. El bastardo tuvo el valor de pasar su mano sobre mi cadera y extender sus dedos sobre mi estómago.

—¿Hablabas en serio, o sólo querías causar el efecto de choque? —El rubio. ¿Adrian?

—¿Sobre qué? —Miré por encima de mi hombro mientras me quitaba la mano de encima y me volvía para mirarlo.

—¿Sobre buscar a un hombre que pudiera follar toda la noche? —Tomó un trago rápido de su cerveza y lamió sus labios.

—Nunca dije que estaba buscando. Dije que no existe. —Me encogí de hombros y me volví hacia el escenario. Era guapo, pero no de una manera amenazadora. La imagen de su rostro se desvanecería en el momento en que saliera por la puerta, pero Rafa.... La voz de Rafa, su olor, su aspecto me molestaban hasta altas horas de la noche. Casi podía sentir la intensidad del deseo por él mientras estaba allí de pie con mis pezones en ciernes.

—Creo que te equivocas. —Adrian se movió a mi derecha y presionó su hombro contra el mío.

—¿Lo estoy? —Le eché un vistazo y dejé que mi voz se suavizara. La

seducción era divertida, y yo estaba soltera. Si el semental a mi lado quería demostrar que era capaz de follar toda la noche, ¿quién era yo para negárselo?

—Sí. Déjame probártelo. —Se lamió los labios y extendió la mano para rozarme la parte inferior de la espalda. —Estoy pensando que creerás en muchas cosas cuando termine contigo.

—Eso suena muy bien, pero aquí está el problema... la mayoría de los hombres nunca quieren terminar conmigo —Terminé mi bebida en unos tragos y retrocedí. —No estoy interesada en nada a largo plazo. Quiero un polvo duro y luego te vas

—Mierda, sí. —Se volvió hacia mí y me tocó la mejilla. —¿Dónde has estado toda mi vida?

Me reí y saqué su mano de mi cara antes de entrelazar mis dedos con la suya.

—Olvida los cumplidos. Son inútiles contra mis poderes. Te vas cuando terminemos. Nada de acurrucarse, abrazarse o hablar sobre ningún tema. No me importa de dónde eres ni adónde vas. —Me llevé su mano a la boca y le lamí la punta del dedo corazón. —Yo estoy a cargo.

—Soy bueno con todo eso —Me agarró la mano con fuerza y se giró, sacándonos del bar como si su trasero estuviera ardiendo. —¿Dónde vives? ¿Cerca de aquí? —Preguntó.

—No. Vamos a tu casa. —Saludé a Ariel y salí para ser recibida por las luces brillantes de la ciudad. La gente se movía a nuestro alrededor con propósito, y me puse contra su lado mientras nos movíamos hacia lo que yo asumía que era su coche.

—Es aquí. Trabajo y vivo aquí. —Abrió la puerta de un gran edificio y me hizo entrar, sin decir una palabra más hasta que quedamos atrapados en el ascensor. —Dios, eres tan sexy.

Presionó sus manos contra mis costillas y se inclinó hacia abajo, consumiendo mi boca. Su lengua se apretó contra el pliegue de mis labios, y yo me abrí, dejándole entrar. La forma descuidada en que me lamió no era ni sexy ni apetitosa. Menos mal que no era su lengua lo que me interesaba.

Me acerqué y lo ahuequé en mis manos, acariciando su incipiente erección y encontrándola mucho más pequeña de lo que esperaba. El agua helada corría por mis venas cuando el ascensor se detuvo.

Él retrocedió y me buscó. —Vamos, nena. Déjame mostrarte lo que un hombre de verdad puede hacer.

—Déjame ver tu pene. —Me alejé y sostuve la puerta del ascensor abierta.

—¿Qué? —Miró a su alrededor. —¿Aquí mismo?

—Sí. Sácalo y muéstrame con qué jugaré esta noche. —Incliné un poco la cabeza hacia un lado y levanté la ceja, desafiándolo.

—Sí, pero no se trata de la nave. Es el movimiento que crea en el océano lo que importa, ¿verdad? —Se bajó la cremallera de los pantalones y se sacó el pene, dejándome sin ganas de dar otro paso adelante.

—Para algunas mujeres, seguro. Para mí no. Quiero que me estiren hasta el punto del miedo. —Le empujé el pecho para sacarlo del ascensor. — Encantada de conocerte, guapo. Buena suerte con la vida

La puerta se cerró y me apreté contra la pared, odiando la vida. Odiándome a mí misma. Odiando a Rafael Quinn.

## CAPÍTULO 3

### RAFA

—¿Vicky?

Entré en la casa y sentí el olor de algo con ajo, aunque era demasiado tarde para cenar.

Después de terminado el horario de oficina, pasé otras tres horas tratando de ajustar la presentación según las sugerencias de Frank. Podría lidiar con Paulette y su angustia a la mañana siguiente, aunque hubiera preferido verla otra vez esta noche. Ella ya se había ido hacía mucho tiempo cuando tomé mis cosas y me dirigí a casa.

—Mamá está arriba. —Mi hijo, Mathew, salió de la cocina con un plato de pizza. Entraría a la escuela secundaria ese otoño, pero seguía pareciendo un niño de cuatro años para mí. —Y está de mal humor.

—De acuerdo. —Siempre he evitado hablar negativamente sobre Vicky a los niños, aunque no tenía que hacerlo. Podían ver cada parte de la mierda por sí mismos. Empezó a cambiar después de tener a nuestra pequeña, Tania, y nunca dejó de hacerlo. Ya casi no reconocía a la linda morena por la que había perdido la cabeza en la secundaria.

—¡Noche de pizza, papá! —Mi niña salió de la cocina con un pedazo de pizza en el plato. Su zapato se enredó en algo y empezó a caer hacia mí cuando extendí la mano y la cogí a ella y al plato, sonriendo ante su inocencia.

—Casi te lo comes, y no estoy hablando de la pizza —Le besé la cabeza y la ayudé a recomponerse.

—Eres mi héroe, papá. —Ella me sonrió.

Me agaché y le limpié la salsa de tomate del lado de la boca. No pude evitar preguntarme si algo de su cena llegaba efectivamente a su boca.

—¿Lo soy? ¿Y qué pasa si realmente soy un villano?

Me incliné hacia abajo y miré de lado a lado, forzando mi cara a hacer una mueca malvada. Ella se rio.

—Esa es mamá.

Golpeé su trasero juguetonamente y entré en la cocina. —Deja en paz a tu madre. Tiene una vida difícil

La caja de la pizza todavía estaba abierta y tomé una rebanada, sabiendo



que me odiaría a mí mismo por la mañana por comer tanta mierda insana, pero estaba demasiado cansado para cocinar, y Vicky no había encendido la cocina en tres años.

El sonido de ella detrás de mí hizo que se me revolviera el estómago y volví a bajar la pizza.

—Ahí estás. Me preguntaba si llegaría a casa o qué. —Se movía a mi alrededor sin tocarme en absoluto. Cuánto anhelaba los días en que ella se enredaba conmigo y me besaba hasta que nos íbamos arriba para mostrarnos nuestro afecto.

—Sí, lo siento. Tuve que hacer algunas cosas. —Me apoyé en el mostrador y la estudié. Estaba en bata y su pelo parecía como si hubiera dormido con el pelo mojado y no se hubiera molestado en tratar de arreglarlo. No es que no pudiera apreciarla con la primera mirada de la mañana, pero no la había visto vestida o tratando de lucir bien para mí en años, y me estaba desgastando rápidamente.

Quería que mi pene se moviera cuando la viera, que sintiera el aumento de deseo y adrenalina, pero nada. Ni una maldita cosa, solo apatía.

—Bueno, gracias a tu trabajo hasta tarde, los niños volverán a comer pizza esta semana. —Me echó un vistazo sobre su hombro mientras sacaba un vaso del armario que tenía encima. —Tienes que decirle a esa perra de tu jefa que eres el único que cocina en la familia. Cuando no vuelvas a casa, pediremos comida. Y hemos estado haciendo eso mucho últimamente.

—Eso es un poco difícil de hacer. Me preguntaría por qué mi esposa, que no tiene otro trabajo además criar a nuestra familia, no está dispuesta a cocinar. —Miré a mi alrededor. —O limpiar.

—¿Otra vez esto? ¿En serio? —Se giró y puso la mano en la cadera. —Criar a tus hijos es un trabajo de tiempo completo.

—Estoy de acuerdo, pero nuestros hijos tienen catorce y siete años, Vicky. No son bebés. Estoy pensando que podrías aprender a cocinar, ¿No lo cree? —Cogí un pedazo de pizza y dejé salir un resoplido. —No quiero pelear. Estoy cansado y sólo quiero pasar un rato con ustedes.

—Bien. Mathew tiene un proyecto de ciencias en el que necesita ayuda. —Se sirvió un vaso de leche y caminó hacia la sala de estar. —Y no voy a dormir contigo esta noche, así que deja de mirarme como si fuera a desnudarme o algo.

Tragué con fuerza antes de girarme para mirarla a la cara mientras veía la televisión. Me mordí la lengua, no quería atacarla, pero necesitaba decir algo.

Acostarme con ella se había convertido en algo del pasado. El sofá y yo nos habíamos convertido en buenos amigos, y no importaba cuánto tratara de hacer que las cosas funcionaran... ella ya no estaba interesada.

—Eres una profesora de ciencias jubilada, Vicky. ¿Por qué no le has ayudado? —Ataqué en el único punto seguro para hacerlo. Sus habilidades no utilizadas.

—Porque estoy cansada. ¿De acuerdo? —Se giró sobre su talón y me miró fijamente antes de subir las escaleras.

Mathew bajó unos minutos después con una caja de provisiones. —Estamos construyendo un robot.

—Muy bien. ¿Cuándo es la fecha de entrega? —Me mudé a la mesa y terminé mi pizza en unos pocos bocados.

—Es para mañana. —Me miró como una oveja.

—¿En serio? Maldita sea, Math. —Eché un vistazo al reloj. —Falta una hora para que te acuestes, amigo. ¿En qué estabas pensando?

—Mamá no estaba dispuesta a ayudarme. —Se sentó a la mesa y mordisqueó el pulgar. —Papá...

—¿Qué amigo? —Tomé una silla y traté de ocultar mi angustia profundamente dentro de mí. Sin duda moriría joven de un ataque al corazón, pero ahora no era el momento de lamentarme. Me necesitaba, y eso es todo lo que importaba. Que se joda Vicky y sus cambios de humor.

—¿Por qué mamá es tan perra todo el tiempo? —Mathew levantó la vista mientras las lágrimas le llenaban los ojos.

—Hijo, no insultes a tu madre. —Extendí la mano y le froté la espalda antes de ponerle la palma en la cabeza y tirar de ella contra mi pecho. —Sólo está pasando por algunas cosas, ¿de acuerdo? Lo estamos resolviendo.

—Te está engañando. —Se echó hacia atrás y sollozó suavemente mientras se acercaba los dedos a los ojos. Le temblaban las manos mientras lloriqueaba. —Sé que lo está haciendo.

El malestar se apoderó de mí mientras le seguía frotando la espalda. —Vamos, Math. Estamos hablando de tu madre. Ella no me está engañando. Hemos estado juntos desde que éramos niños. Sólo estás molesto.

—No, papá. Llegué a casa temprano el otro día. No pude comunicarme contigo, y ella tampoco contestó su teléfono. Mimi vino a buscarme, y... Los sonidos de arriba...

—Hey. Mírame. —Toqué el lado de su cara cuando la bilis se elevó dentro de mí. —Lo investigaré, pero no saquemos conclusiones precipitadas, ¿de

acuerdo? Tu madre es una buena mujer, y la quiero. Ella también me ama.

—¿Lo hace? —Se limpió los ojos con enojo. —Si ella te ama, ¿dónde está? Demonios, si ella me ama, ¿dónde está?

—No quiero que hables así, jovencito. —Le di otro abrazo cuando el mundo empezó a desmoronarse a mi alrededor.

¿Vicky me estaba engañando? ¿A mí, que he justificado cada cosa que ha hecho, cuidándola y consintiéndola, mientras ella prácticamente nos ha abandonado por completo, sin importarle lo que yo pensara o cómo me sintiera, o nuestros hijos?

De ninguna manera. Simplemente no era posible.

# CAPÍTULO 4

## RAFA

No dormí ni un pestañeo la noche anterior. Después de calmar a Mathew, paseé por la alfombra desgastada frente a la chimenea hasta que me dolieron las piernas y mis ojos se volvieron pesados.

Cuando salió el sol, todavía estaba sentado en el sillón en la sala de estar, tratando de averiguar cómo diablos había ido todo de mal a terrible. Irreparable.

Si me estaba engañando... Se terminaba. Me había mantenido a raya durante los últimos cinco años, sin sobrepasar mis límites. La jugada arrogante de Paulette el día anterior de acariciarme las pelotas fue la primera vez que me tocó íntimamente, y aunque no había retrocedido, ni en un millón de años la habría animado a seguir.

¿Ahora? Ahora estaba perdido.

¿Debería husmear y buscar pruebas? ¿Aparecer a mitad del día para ver qué mierda estaba haciendo Vicky? ¿Poner cámaras ocultas?

—Eso es estúpido. —me quejé mientras preparaba mi café en la cocina y me escabullía de la casa mucho antes de que alguien se levantara para empezar el día.

No voy a hacer esa mierda. Le preguntaré a ella. Le preguntaré, y si me engaña, se acabó.

Y al terminar, eso me dejaría con una salida para mi dolor. Pau.

Un gemido me dejó cuando entré en el coche y puse mi café en el portavasos junto a mí. Mis muslos se flexionaron mientras levantaba mis caderas y trataba de reposicionarme. Las únicas erecciones que he tenido en los últimos cinco años han sido gracias a la perra sexy de mi jefa que enciende mi lujuria con nada más que una mirada.

Traté de decirme a mí mismo que no era especial. Ella le hacía esa mierda a todo el mundo, y lo triste es que ni siquiera se esforzaba. Ella era naturalmente impresionante, y tenía una manera de ser que dejaba a la mayoría de nosotros queriendo cerrar las puertas para pasar tiempo privado durante el almuerzo. Era inquietante, y sin embargo codiciaba la idea de volver a verla. Lo hacía todas las mañanas.

—Basta. Maldición. —Me detuve en el estacionamiento y tomé mis cosas antes de correr hacia la puerta principal de nuestro edificio de gran altura. El botones sonrió y me saludó mientras entraba. Devolví el gesto y me puse al día con Carl, uno de los contadores de la firma. Le di una palmadita en la espalda y entré en el ascensor con él.

—Hola amigo. ¿Cómo estás? —Presioné el botón de nuestro piso y miré a mi alrededor, sin notar demasiadas caras conocidas. La empresa había crecido sustancialmente bajo la tutela de Paulette en los últimos años.

—Estoy bien. —Se encogió de hombros y se frotó los ojos, soltando un bostezo. —Tuvimos el bebé, ya sabes. El pequeño no duerme. Y por las noches solo quiere paseos en brazo

—Esa es la parte cruda de ser padre —Me reí, recordando muy claramente lo que se sentía el perder el sueño por los niños. La tristeza me atravesó, amenazando con paralizarme mientras estaba allí. La situación entre Vicky y yo era grave, pero ¿qué pasaba con mis hijos? No podría vivir sin ellos. Ni por un día.

—Sí, pero todo está bien. Es una bendición, hombre. Es una locura cómo puedes amar tanto a alguien. —Salió del ascensor y me esperó mientras yo salía detrás de él. Guardé el equipaje emocional e hice un giro brusco para dirigirme a mi oficina.

Compartía la secretaria con Paulette, y la chica era todo lo que cualquiera podía querer de una asistente. Atenta. Inteligente. Profesional. Era linda también, pero no encontré nada en ella medianamente atractivo. Es decir, debido a que no podía dejar de pensar en Pau. A veces era enloquecedor.

—Hola, Rafael. Llegas tarde. —Me hizo una amplia sonrisa.

—¿En serio? —Me incliné hacia ella, apoyando mis antebrazos en la parte superior de su escritorio elevado.

—Sí. Paulette te esperaba a las seis para una rápida reunión. —Golpeó su lápiz en su escritorio. —¿Quieres que le diga que estás aquí?

—No. Voy a disfrutar haciéndolo yo mismo. Deja de intentar quitarme mi entrada dramática. —La guiñé un ojo y caminé hacia la puerta cerrada de Pau mientras Gina se reía detrás de mí. Después de llamar una vez, entré y cerré la puerta.

—¿Me querías?

Ella estaba de pie en las ventanas de piso al techo con un brazo envuelto alrededor de su estómago, justo debajo de sus senos. Su mano libre se frotaba de un lado a otro sobre sus labios de color rojo rubí.

Mi cuerpo gritó por un toque. Una probada. Una noche.

—Llegas tarde —Ella no jugó con mi pregunta como esperaba que lo hiciera. Donde mi vida familiar estaba en ruinas, mi vida laboral no podía estar mejor. Mi carrera estaba en su apogeo y me sentía bien. Jodidamente bien. Había trabajado duro para llegar a donde estaba, y sólo había un lugar más al que subir. Al cuerpo de Pau.

—No me di cuenta de que nos íbamos a reunir, Paulette. No te habría hecho esperar. Ya lo sabes. —Me quité la chaqueta de los hombros y la puse sobre la silla más cercana a mí. —¿Cuándo programaste esta reunión?

—Anoche, alrededor de las once —Se giró y me dio una sonrisa arrogante. —Revisa tu maldito teléfono. Pagamos por ello para que tengas acceso en tiempo real a todo lo que necesitas.

—¿Todo lo que necesito? ¿En un teléfono? —Me reí antes de pasar mi mano por encima de mi pecho. —Me cuesta creerlo

—No estoy de humor para tus juegos hoy. —Caminó hacia su escritorio y se desabrochó su chaqueta gris, revelando una mejor vista de la deliciosa hinchazón de sus senos.

—Nada de juegos hoy. Entiendo. —Me lamí los labios, incapaz de evitar imaginarla de rodillas, sus pesados pechos en mis manos mientras me la follaba despacio y con fuerza. La humedad en la punta de mi pene sería de su linda boquita, lamiendo y chupando mientras le tiraba del pelo y le enseñaba la manera correcta de llevar a un hombre hasta lo más profundo de su garganta.

—No arregles ese archivo, y deja de mirarme las tetas —Cruzó los brazos sobre su pecho mientras su voz se endurecía.

—¿Qué? No lo estaba haciendo. Cielos. Te juro que no tienes filtro. —Forcé mi mirada hacia la de ella y sentí como si el aire hubiera sido aspirado de la habitación. Mi fantasía se sentía tan real, tan jodidamente tangible. ¿Me deseaba como yo la deseaba, o necesitaba despertarme de este sueño?

—No te atrevas a arreglar ese archivo —Me entrecerró los ojos. —¿Lo entiendes?

—Ya lo he arreglado, Pauly. —Le di la espalda y fui a buscar mi chaqueta. —Tampoco me hables como si fuera un niño. Cuida tu tono.

—¿O?

Me di la vuelta y me lamí los labios. —O te mostraré tu lugar. Puedes pavonearte por aquí y tirar de las hormonas de los demás, pero no me interesa tu magia. Ni en lo más mínimo.

—Parece que he tocado un nervio. —Ella emitió un sonido de aliento que

impulsó un pico de deseo directo a través de mí cuerpo para descansar en mi estómago. —Qué tal esto. Deja de ser tan sensible y saca tus pelotas de su escondite. No te hablo como si fueras un niño pequeño. Sé quién eres y de lo que eres capaz.

Caminó por la habitación, haciendo que me congelara en el lugar. No estaba emocionalmente preparado para manejar la prepotencia de nadie, incluida ella.

—Vete a la mierda, Pau. —Extendí la mano y le agarré el brazo, forzándola a detenerse antes de que ella llegara a mí. La imagen de tirar de ella me dejó jadeando de necesidad. Ella era demasiado. Mucho más de lo que podía soportar en este momento, aunque quería ahogarme intentándolo.

—Mmmm.. parece una buena oferta. —Miró hacia abajo y sonrió. —Anoche me fui con un hombre a su casa después del bar, pero nunca pasamos el ascensor. ¿Sabes por qué?

Se mojó los labios y mis bolas se apretaron.

—No quiero saber. —susurré con dureza y la solté, retrocediendo mientras ella seguía mirando fijamente mi erección.

—Porque no eras tú —Abrió la puerta y asintió. —Vete. Almorzaremos a las once. Prepárate y no te atrevas a pensar en no apoyarme al cien por cien de ahora en adelante. Sigo siendo tu jefa, Rafa.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta, saliendo mientras me ponía la chaqueta por delante para cubrir la evidencia de que ella me tenía.

Siempre lo ha hecho.



# CAPÍTULO 5

## PAULETT

—Fóllame. —murmuré mientras cerraba la puerta de mi oficina y dejaba caer mi fachada. El placer se apoderó de mi centro, burlándose de mí, cogiéndome fuerte por detrás como un amante con problemas de ira.

¿Por qué? ¿Por qué él?

Tenía que calmarme. Estaba sobrepasando límites que no eran justos para él. Era un buen hombre, y tenía que arreglar las cosas que pasaban en su casa. No habíamos hablado mucho de ello, pero si algo sabía de Rafael era que amaba a sus hijos. Hablaba de ellos todo el tiempo, casi hasta el punto de hacerme querer uno mío.

Casi.

Presioné mi frente contra la ventana helada y dejé salir un largo aliento, decorando el vidrio con una nube de calor translúcido. Un pulso profundo bombeó a través de mí mientras trabajaba para salir del borde del orgasmo. Él era mucho más alfa que cualquiera de los otros hombres de mi vida. La mayoría se inclinaba a mis pies, y era embriagador a los veinte años, pero ya no tanto.

Tenía poder, pero deseaba más que nada que alguien me lo arrebatara violentamente de las manos. Que me obligara a arrodillarme, a inclinarme ante él y convertirme en lo que él quisiera.

No entiendo por qué he pensado que ese hombre es Rafa, pero estaba casi convencida de que lo era.

Volviéndome, presioné la espalda contra el vidrio y pasé mi mano sobre mi barriga, acariciándome mientras cerraba los ojos. Se sentiría tan bien hundir mis dedos en la humedad que se había acumulado entre mis muslos, mi cuerpo preparado y listo para una cogida larga de un hombre más que capaz.

La imagen de su erección nadó más allá de mis ojos cerrados, y emití un suave gemido. Tan grande. Grueso. Delicioso.

Basta.

Me moví de la ventana y caminé hacia la puerta, tirando de ella para abrirla. No era capaz de confiar en mí misma con la puerta cerrada.

—Hola. —Gina se paró en la puerta con preocupación en la cara. —¿Estás

bien? Pareces sin color.

—Sólo una pelea con Rafa. —Me di la vuelta y volví a mi escritorio, soltando una suave bocanada de aire mientras me quemaba la garganta. Aborrecía lo necesitada que me sentía de él. El deseo y la depravación se arremolinaban en mi interior y, sin embargo, me obligué a sentarme en mi cómodo sillón de cuero y lo ignoré todo.

—Así que, ¿un día típico? —Se rio y puso un archivo en mi escritorio.

—Más o menos. —Lo tomé y lo toqué con el dedo. —¿Nuevo cliente?

—Sí. —Se sentó con preocupación reflejada en su cara. —No seas tan dura con Rafael. He oído que recibió malas noticias esta mañana.

Eso llamó mi atención.

Me recosté en mi silla y me quedé callada. Gina no era de las que se guardaba los chismes para sí misma y parece que no era la única. Si Rafa tenía malas noticias en su vida privada, obviamente se lo había dicho a la persona equivocada.

—Bien, llamó a Mark anoche, y supongo que siguen los problemas en su casa. Es tan miserable, Paulette. —Ella dio un largo suspiro. —Pero es extraño. Es todo lo que una mujer puede desear. ¿Su mujer será estúpida?. —preguntó.

—Costumbre. Creo que han estado juntos desde que eran niños. Tal vez ella lo está dando por sentado. —Dije, luego me encogí de hombros y hojeé el archivo, agradecida por la distracción de la lujuria que me robaba la atención de la vida. —O tal vez él la ha dado por sentado. ¿Quién sabe?. —añadí.

—¿Almuerzas con él hoy? Creí haber visto algo en su calendario hace un minuto, pero no lo vi en el tuyo. —Ella levantó su tableta y comenzó a hacer clic con su lápiz táctil.

—Sí. Acabamos de programarlo. Prepara algo en De Luca. —Agité el ratón de mi computadora. —Si me das dos horas, revisaré mis e-mails y todo eso, y entonces podremos hablar un poco sobre el nuevo cliente.

—Suená genial. Te avisaré 15 minutos antes del almuerzo. ¿Se irán juntos? —Se levantó y se detuvo junto a la puerta.

—No. Avisame treinta minutos antes. Quiero llegar antes que él. —Volví a mis correos electrónicos, leyendo todas las opiniones sobre la presentación del día anterior. La mayoría de los miembros de la junta estaban a favor de mantener a la chica. Sabía que lo estarían. El hecho de que no quisieran tener una conversación completa sobre la lujuria el día anterior no significaba que no estuviera en las mentes de todos.

Así era.  
Y la mierda se vendería.

\*\*\*

—Espero que no hayas estado esperando mucho tiempo —Rafa se quitó la chaqueta y se la dio a la anfitriona.

Levanté la vista de mi menú y agité la cabeza. —No. Siéntate.

Una parte de mí quería tirarle mierda, pero podría hacerlo muy pronto. Ahora quería saber la verdad de los rumores. Necesitaba hacerlo.

—¿Estás bien? ¿Ningún comentario sarcástico o insinuación sexy que me deje avergonzado y me haga pelear por la ventaja contigo? —Se rio y se sentó.

El sonido de su voz corrió por mi piel expuesta, dejándome sensible, tierna, hambrienta.

—¿Quieres la ventaja conmigo? —Me metí el labio inferior en la boca e incliné un poco la cabeza.

No tenía ni idea de cuánto deseaba a un hombre capaz de satisfacer este deseo.

—No es justo. —dijo.

—¿Qué no es justo? —Tiré de mi servilleta en mi regazo y miré a la camarera mientras se acercaba. —Tomaré una copa de Merlot.

Rafa ordenó antes de volver a poner toda su atención en mí. —No es justo cuando sacas tu lado de playgirl. Cualquiera se lo creería. Una perra malvada.

Me encogí de hombros. —Haces lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Supongo. —Recogió su menú. —¿Para qué es este almuerzo? ¿Sigues enfadada porque te presioné en la reunión de ayer?

—No. La votación ya ocurrió y gané. La verdad es que no me importa, pero tengo curiosidad por saber por qué no seguiste el guion. —Dejé mi menú y tomé la copa de vino que me ofrecieron.

—Porque esperabas que lo hiciera. No me interesa ser tu marioneta, Pau.

—Paulette, ¿y esperas que yo sea la tuya, entonces? —Me reí suavemente, sin poder evitarlo.

—Sí, pero no lo harás voluntariamente. Afortunadamente soy paciente. —Se encogió de hombros y me asintió. —Ordena y no hagas esperar a esta linda camarera.

Miré a la chica y vi el color rosa de sus mejillas. Linda. Más o menos. En realidad, no.

—Salmón y verduras. Ración con mantequilla extra y sin sal. —Le di el menú y le puse los ojos encima a mi guapo colega.

Miró a la chica, y la larga vena de su cuello hizo señas a mis hormonas para que volvieran a la vida. No pude evitar preguntarme cómo sabía. Cómo olía.

—¿En qué estás pensando? —Cogió un rollo de la canasta entre nosotros.

—Me pregunto a qué sabrás. —Tomé un paquete de galletas de mi lado y mantuve mi mirada fija en la suya.

—Mentira. —Puso los ojos en blanco. —¿Qué estamos haciendo aquí?

—Quería decirte que mañana me voy de la ciudad para un viaje rápido. ¿Puedes venir conmigo? Sé que es con poca antelación, y si no tuvieras hijos, no te lo pediría, sino que simplemente lo exigiría

—¿Por qué exiges algo de mí y lo haces parecer como si tuviera elección? —Levantó su ceja, derritiéndome.

—¿Tienes a alguien que cuide a tus hijos? —Le di un mordisco a la galleta y la rompí mientras sus ojos se movían por mi cara.

—Sí. Están con su madre. Ella puede cuidarlos. Si sólo es de la noche a la mañana, entonces estoy bien —Se tiró del cuello de la camisa y se acomodó en su asiento. —Supongo que escuchaste la mierda que circulaba por la oficina esta mañana

—Tal vez. —Recogí mi vino y trabajé para memorizar cómo el rabillo de su labio se levantó en una sonrisa cuando quería ser reservado.

—No voy a dejar que me afecte en la oficina. Lo prometo —Pasó sus dedos por su cabello, mostrándome la primera señal de emoción que había visto de él en cinco años, además de la ira, la lujuria o la frustración.

—No te imagino haciendo eso —Me encogí de hombros. —¿Qué pasó? —pregunté.

—¿Te importa? —Él resopló.

—No, pero creo que sería bueno de mi parte fingir. —Sonreí, bajando un poco la guardia también.

—Mi hijo adolescente dice que me está engañando. —Miró hacia abajo.

—¿Qué? —Me incliné hacia adelante, bajando la voz mientras la vergüenza me bañaba ante lo ruidosa que estaba siendo. —¿Te engañó? Eso es ridículo. ¿Te has visto?

Se rio a carcajadas. Me encantó.

—¿Así que me encuentras atractivo?. —preguntó.

—Ni en lo más mínimo. Sólo quise decir que eres un tipo dulce y

agradable. ¿Quién podría hacerte daño? Sería como pegarle a un cachorro.

—Oh, por favor. —Se inclinó hacia atrás mientras llegaban las ensaladas.  
—Crees que soy sexy. Sé que lo haces.

—Vive en tu fantasía, Rafa. Sólo mantén las cosas en perspectiva. —Cogí un panecillo y lo unté con mantequilla mientras me observaba atentamente.

—¿No te acostarías conmigo? ¿Ni siquiera si, digamos, estuviéramos solos en una habitación de hotel en un viaje?. —preguntó.

—¿Piensas seducirme? Eres un hombre casado, aunque no deberías estarlo.

—¿Crees que debería divorciarme? ¿Que la gente no merece segundas oportunidades? —Cogió su tenedor.

—Sí, creo que deberías divorciarte, pero mi opinión no importa. Soy tu jefa. —Me inclinó hacia atrás y crucé las piernas mientras la lujuria me hacía cosquillas en la columna vertebral.

—Te respeto. Lo sabes.

—Sí, pero este es tu problema. Nos vamos a medio día mañana. Irás.

Miró hacia su pene y sonrió con suficiencia. —¿Iré? ¿Tan ansiosa estás? Ni siquiera nos estamos tocando todavía.

—Más de lo que puedas imaginar, y no juegues conmigo. Estoy un poco más sensible de lo normal.

—¿Por qué es eso? —Se inclinó hacia adelante y, por primera vez, noté la tristeza en el borde de sus ojos.

—Porque vi el contorno de tu pene en tus pantalones esta mañana. Es el material de mis sueños húmedos. —Me inclinó hacia adelante, apostando por lo audaz y altamente inapropiado. Una parte de mí sabía que una noche sería divina, pero nunca suficiente.

# CAPÍTULO 6

## RAFA

El almuerzo fue doloroso. Nunca en toda mi vida me había sentido tan abrumado y desesperado por llevar a alguien a mi cama como me sentía con Paulette. Ella era el epítome de cada fantasía que tenía, y más.

Terminamos el almuerzo, jugando el juego de seducción como si no nos importara nada. Pero la culpa se desgarró a través de mí cuando volví a la oficina y me senté en mi silla.

Una foto de mi familia apoyada en el borde de mi escritorio. Capturaba lo mejor de nosotros. Lástima que fuera de hace más de siete años. No podía recordar un momento feliz desde entonces.

Levanté mi teléfono celular y llamé a casa, esperando escuchar la voz de Vicky y sentir algo. No quería engañarla, y técnicamente sería engañarla si algo pasara con Pau en el viaje. No había forma de que hiciera algo para joder a mi familia. No importa lo mucho que quisiera sentir el cuerpo de mi jefa presionado contra mí. Una hora de pasión alucinante no valía la pena después de...

—¿Qué? —Vicky ladró al teléfono. El suave jadeo decía que la pillé corriendo por las escaleras, haciendo ejercicio o...

—Hola. Sólo quería hablar contigo. —Me pasé la mano por el pelo y me puse de pie. Necesitaba saberlo. Tomé mis llaves y me dirigí a la puerta. Diez minutos hasta la casa y tendría mi respuesta. Seguramente mi hijo estaba exagerando, o la escuchó por casualidad viendo porno o algo que lo explicaría todo.

¿Vicky viendo porno? No era la primera opción pero era posible.

—Bien. Ya lo hiciste. Estoy tratando de aspirar y estoy luchando con esta máquina de mierda que rompiste el mes pasado. —gruñó mientras el alivio me inundaba.

La aspiradora. No era ella cogiendo con otro tipo. Era estúpido.

Me detuve junto a la puerta de mi oficina, preguntándome si debía ir a casa o dejarlo ir.

Obviamente estaba siendo estúpido y demasiado sensible.

—Muy bien. Te compraré una nueva. ¿Qué vamos a hacer para cenar?

—¿Puedo llamarte luego, Rafa? Este no es el momento. —Su tono era áspero. Degradante como el infierno.

—Sí. Seguro. —Empecé a decirle que la amaba, pero el teléfono se cortó. ¿Qué carajo?

Después de hablar con Gina, tomé el camino corto a casa, y aparqué en la calle, sin notar el coche de nadie fuera de la casa, solo el de Vicky.

—Eso no significa mucho. Es odiosa, no estúpida. —Empujé mi llave en la cerradura y trabajé para abrir silenciosamente la puerta antes de subir de puntillas las escaleras. El sonido de la aspiradora corriendo me devolvió el aire a los pulmones.

No se acostaba con nadie, al menos no ese día.

—Más. —gimió mientras me detenía fuera de la habitación y abría la puerta.

El mundo se ralentizó mientras yo permanecía en un silencio pétreo. Un tipo grande hacía que mi esposa se inclinara sobre la cama, penetrándola mientras usaba un camisón rojo pervertido que hacía que sus pechos colgaran debajo de ella.

Levantó la vista y gritó.

La furia me atravesó mientras estaba parado en el marco de la puerta. Fui contra el tipo. Tenía el doble de mi tamaño, pero yo era un peleador bien sazonado por haber sido criado en el lado duro de la ciudad. Le di tres golpes en la cara antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Espera! ¡Mierda! ¡Hombre! ¡No sabía que tenía esposo!. —Él agarró su ropa mientras yo cogía una pequeña lámpara y se la lanzaba.

—¡No tiene! ¡Soy el casero y vengo a cobrar! ¡Hijo de puta! —Caminé hacia él mientras mi visión se nublaba.

¿Realmente me estaba engañando? Había trabajado tan duro para ser el hombre que ella quería que fuera, y más. Si ella lo quería, se lo daba. No importa lo que requiriera de mí.

—¿Qué? No tengo dinero-- —Tropezó, y yo extendí el brazo, empujando con fuerza su pecho haciéndolo rodar por las escaleras.

—Dios mío, Rafa. ¿Qué has hecho? —Ella gritó y empezó a correr hacia mí, pero la alcancé y le agarré un puñado de pelo, tirando hacia su espalda.

—Me voy de viaje mañana por dos días. Tienes tiempo para hacer las maletas. Los niños se quedarán conmigo después de esto. —Me volví y presioné mi frente contra la de ella mientras el tipo que estaba al pie de las escaleras salía revuelto, aún medio desnudo. —Si haces algo estúpido, vendré



por ti con cada gramo de furia que me has causado. ¿Lo entiendes?

Empezó a llorar y me abrazó.

La desenredé de mí. —Mi mamá va a recoger a los niños hoy. Si te acercas a ellos, haré de tu vida un infierno de aquí en adelante. ¿Lo entiendes?

—¡Rafá! ¡Por favor! —Ella retrocedió mientras le daba un gruñido de advertencia. —¡Perdóname! ¡Yo te amo!

Me reí a carcajadas antes de entrar en nuestro dormitorio y tomar algunas cosas del armario. La imagen de ellos en la cama, follando como cerdos me dejó enfermo. Esta mujer era la madre de mis hijos, mi mejor amiga... mi todo.

—Ya no. —murmuré y terminé de empacar mis cosas mientras mi estómago se ponía boca abajo. Me arrodillé frente al baño y perdí el contenido de mi almuerzo violentamente.

—Por favor, déjame explicarte. —susurró Vicky desde la puerta abierta del dormitorio. —No es lo que crees.

No dije ni una palabra cuando pasé a su lado, tratándola como me trató durante los últimos siete años.

Como si no estuviera allí.

\*\*\*

Había terminado mi tercer vaso de bourbon cuando alguien llamó a la puerta de mi oficina y la abrió.

Paulette.

—¿Todavía estás aquí? —Entró y cerró la puerta tras ella. El vestido sin mangas de color crema que llevaba abrazaba su hermoso cuerpo, acentuando lo grandes que eran sus tetas y sus caderas se le abrían de par en par. Los pequeños picos al final de sus pechos me llamaron la atención. Estaba excitada. Bien.

—Sí. Fui a casa para echar un vistazo a la bruja, y me encontré con un tipo que parecía que trabajaba en la escuela hace unos años —Me dio hipo, sin importarme lo que ella o cualquier otra persona pensara. Estaba perdido en mi dolor, sin querer ocultarlo.

—¿Era alguien con quien pudieras imaginarla? —Ella deslizó sus manos detrás de ella mientras el clic de la puerta llenaba la habitación.

—¿Ahora? Sí. Hace unos años... nunca. Probablemente debería sentirme peor por su elección de reemplazo, pero no puedo sentir nada en este momento. —Dejé el vaso en el suelo. —Ven aquí, —le dije.

Ella asintió y cruzó la habitación, sorprendiéndome un poco. —No puedes juzgarte a ti mismo basándote en la última cama en la que dormiste

—¿No? —Alcancé y bajé mi mano por su brazo, agarrándole la muñeca con fuerza. —¿Y cómo me debo juzgar?

—Por la mujer que se metería voluntariamente en tu cama. —Se lamió sus bonitos labios rosados, dejando mi cuerpo endurecido por la conveniencia.

—¿Y quién sería esa? —La tiré hacia abajo, medio esperando que me abofeteara, o que cayera en mi regazo.

Se puso de rodillas y me abrió los muslos mientras se abría paso entre mis piernas. —Es una buena pregunta. Una que tendrás que resolver por tu cuenta. No soy una doctora del amor, sólo una mujer brillante con un apetito saludable por el pene de un hombre guapo.

Extendí la mano y toqué el costado de su cara mientras un cálido torrente de placer me atravesaba.

—¿Por qué estás aquí, Pau?

—Me robaste el bolígrafo de la oficina. —Miró a su alrededor mientras su pelo oscuro se movía sobre sus hombros.

El olor de su perfume me bañó y gruñí.

—Te necesito ahora mismo. —dije. La agarré de la barbilla y la obligué a mirarme. —Dime que puedo tenerte

—No me preguntes, Rafa. No soy el tipo de mujer que renuncia voluntariamente a todo. —Me presionó, sus grandes pechos rozando la base de mi pene y prendiéndome fuego.

—Eso me gusta de ti. —Me incliné hacia adelante y rocé mis labios a lo largo de los suyos antes de presionar mi boca contra su oído y susurrar bruscamente. —Pero no te estoy pidiendo nada. Ya estás de rodillas porque has querido estar allí durante los últimos cinco años. Deja de hablar y ponte a hacer lo que viniste a hacer, preciosa. Creo que por primera vez has mordido más de lo que puedes masticar

Ella movió su cara hacia la mía, deteniendo mi corazón. —Sujétame el pelo y no acabes hasta que te diga.

Un escalofrío corrió a través de mí mientras me recostaba para ver cómo me abría los pantalones antes de que me mirara. El tono de mando en mi voz se sentía bien, ciertamente.

—Chupa fuerte y no te atrevas a quitar la cara cuando acabe. Quiero que lo tragues

—Vete a la mierda. —susurró bruscamente antes de agarrar mi verga con

fuerza e inclinarse, regresándome desde el borde de la nada de vuelta a la vida.

# CAPÍTULO 7

## PAULETT

Su pene era mucho más grande de lo que jamás imaginé. La silueta en sus pantalones hacía muy poco por mostrar el grosor. Imaginaba que era un chico de al menos 22 centímetros, pero presionando mis labios contra el suave y húmedo pene, me di cuenta de que tenía razón. Había sobrepasado mis habilidades.

—Dios, eres hermosa. —Tocó el lado de mi mejilla y dejó que sus dedos rozaran mi piel mientras sus ojos se llenaban de algo que parecía adoración.

Gruñí suavemente y me levanté de rodillas mientras le presionaba cuidadosamente con los dientes. Necesitaba recordar que yo no era del tipo suave y femenina que necesitaba que vomitara falsos cumplidos para entretenerme. Yo tenía todo lo que necesitaba en mi vida, y él estaba llenando el resto de los agujeros, o lo estaría pronto.

El apretón de sus dedos alrededor de la base de mi cuero cabelludo fue doloroso cuando me incliné y tomé tanto de él como pude cómodamente. Delicioso. Un escalofrío bajó por mi espalda mientras el placer salía de la nuca y me obligó a tomar más de él.

—Mierda. —gimió e inclinó la cabeza hacia atrás, mirando hacia el techo mientras yo empezaba a trabajar con intención. —Tómalo. Todo. Fuérsalo dentro de ti donde lo he querido por tanto tiempo, Pau.

Mis dedos se apretaron alrededor de su eje, bombeando lentamente a lo largo de las partes de él que no podía alcanzar si lo intentaba. Su suave jadeo me dejó cruda y mucho más necesitada de lo que recordaba haberme sentido antes.

Oh, las cosas que dejaría que este hombre me hiciera. Las cosas que quiero que me haga.

El calor ardía entre mis piernas mientras la humedad pegajosa se acumulaba en mis bragas. La idea de su lengua sobre mí, lamiéndome como si fuera una ofrenda era suficiente para dejarme dispuesta a jugar a ser su puta cualquier noche de la semana.

Mis labios chocaron contra mi puño mientras me tiraba de él. La piel resbaladiza e hinchada de su fuste era tentadora mientras yo miraba hacia

abajo y lo trabajaba más duro con mi mano.

—Pau. Mierda. Detente. No he tenido una mamada en años. Por favor. — Me envolvió con fuerza una mano alrededor de mi muñeca y la otra presionó justo debajo de mi barbilla, obligándome a mirar a sus ojos. Se movió más rápido de lo que esperaba, presionando sus labios contra los míos y forzando su lengua contra mi boca.

Mi turno de gemir.

El gusto de que se me echara encima me prendió fuego. Levanté la mano y le metí las manos por el cuello, ahuecando su fuerte mandíbula mientras me inclinaba hacia el beso.

La pasión de sus movimientos me mareó. Confundida. Descuidada y mojada.

—Quiero girar. —dijo. Se echó hacia atrás y soltó mi pelo, pasando sus manos por encima de mis hombros mientras yo lo soltaba y me arrodillaba.

—No estoy aquí para una larga noche de sexo, Rafa. Estoy aquí para hacerte sentir mejor, y luego me voy a casa. —Lo acaricié una vez más. — Quiero verte acabar.

—No. Así no. —Agarró mi mano y apretó sus dientes contra su labio. Pude ver la indecisión en su hermosa cara.

—Entonces no, en absoluto. —Empujé su mano lejos de la mía y me acerqué, tomando su pene de nuevo en mi boca y chupando fuerte mientras gritaba. Giré mi lengua alrededor de su cabeza y levanté la vista, observándolo mirándome.

—Sí. Más. ok... más. —Asintió con la cabeza y volvió a agarrar mi pelo mientras se adelantaba y levantaba sus caderas, marcando el ritmo. Trabajaba dentro y fuera de mí mientras yo le agarraba la parte delantera de sus pantalones y lo empujaba para que se pusiera de pie. Le tiré de los pantalones y lo golpeé mientras me movía por su eje para lamer y chupar sus bolas.

—Mierda, Pau. —Se inclinó sobre mí mientras presionaba sus manos contra el escritorio.

—Tan sexy. —susurré y disfruté mucho más de lo que lo había hecho en años en el suelo, arrodillándome ante un hombre. Sabía a lujuria y olía como el cielo.

—Yo no bebé, pero tú sí. —Me miró con la misma mirada de adoración que yo anuncié antes. No necesitaba cuestionar nada. Éramos dos adultos con consentimiento que necesitaban ser liberados. Conseguiría lo mío más tarde en casa, pero él.... Quería que tuviera su recompensa delante de mí.

—Voy a acabar pronto. —Gimió y dobló sus caderas mientras yo me movía hacia atrás y le pellizcaba la punta del pene, cerrando la pequeña abertura al final y sujeté mi otra mano sobre sus pelotas, apretando fuertemente.

—No, no lo harás. —Me lamí los labios y me puse de pie, acariciándolo una vez más.

Me agarró del brazo. —No me dejes así. Sabes lo mucho que te deseo.

—No, no lo sé. —Me acerqué y le toqué las pelotas con mis dos manos mientras le metía la nariz por el costado del cuello. —Pero vamos a averiguarlo.

—Acaba conmigo, Paulette. —Volteó su cara hacia la mía y me mordió.

La acción envió una ola de placer a mi interior. Explotó a lo largo de mis terminaciones nerviosas, volviéndome loca de necesidad de él. Me quejé mucho para mi consternación.

—Acaba contigo mismo, y cuando lo hagas... asegúrate de gemir mi nombre. Te lo prestaré por esta noche. —Lo acaricié una vez más antes de caminar hacia la puerta.

Magnífico. Mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

—Pau. —Me dio una mirada de advertencia mientras se subía lentamente sus pantalones. —Ven a un hotel conmigo esta noche. Quiero más de ti. Todo de ti.

—Prepárate para nuestro viaje de mañana. Saldremos del hangar a las 12:20 en punto. No llegues tarde. —Cerré la puerta detrás de mí y solté un suave gemido mientras corría a mi oficina. Cerré la puerta con llave antes de tenderme en el largo sofá al lado de mi escritorio.

Las lágrimas me quemaron los ojos al ver lo mucho que lo necesitaba entre mis muslos, presionándose contra mí, reclamándome, forzándome a confesar la verdad.

Me gustaba, en serio me gustaba todo de él. Sentía cosas que nunca antes experimente con alguien, pero la verdad dolía.

Demasiado para considerar decirla.

Me quejé antes de tirar de mi vestido y deslizar mi mano dentro de mis bragas. Me abrí y gemí en voz alta mientras me empalaba con mis dedos, imaginando que era él. Y seguro que debería haberlo sido, pero yo aún no estaba lista para renunciar al control, y él no estaba listo para tomarlo.

Si no, habría estado en mi puerta, golpeando para entrar. Dentro de mí....

# CAPÍTULO 8

## RAFA

Me quedé fuera de su puerta, escuchando mientras gemía una y otra vez. No había nadie más en el edificio, y debería haberse alegrado de ello. Sólo se escuchaba el sonido de ella trabajando al otro lado, lo que dejó mi corazón acelerado, mis piernas temblando. Presioné con las manos mi cabeza y traté de recuperar el aliento antes de regresar a mi oficina a buscar mis llaves.

Necesitaba ver a mis padres y a los niños, tomar una ducha rápida y dormir un poco antes de salir de la ciudad con ella. La culpa me golpeó mientras me ponía el abrigo sobre los hombros. ¿Realmente yo era mejor que Vicky? El hecho de que no me hubiera acercado a Paulette y la hubiera llevado a mi cama no significaba que yo fuera inocente. Ella era la cara que veía y el olor que respiraba durante los últimos años. No importaba si estaba en la ducha masturbándome o tratando de cogerme a Vicky. Se había convertido en Pau cada vez. Era la única forma de mantenerme duro, para asegurarme de que pudiera dar alguna pequeña apariencia de placer. Tiré de la foto de mi escritorio, dejándola boca abajo mientras salía de mi oficina y me detuve.

¿Pau quería que fuera tras ella? ¿Era ese el juego al que estaba jugando?

Quería jugar conmigo. Sé que lo hacía. Podía verlo en sus ojos, sentirlo en la energía de su tacto mientras me forzaba a desear estar dentro de ella.

Un gemido me dejó mientras me dirigía hacia la puerta, dejando que la indecisión saliera de mi cabeza. Nunca había estado con otra mujer que no fuera Vicky, y nunca pensé que lo estaría. Fue estimulante y aterrador a la vez. Quería hacerle el amor a Paulette y luego darle la vuelta y embestirla como si me perteneciera y le diera una lección por dejarme colgado.

Quería tocarla, en todas partes. Pasar mi lengua por cada sección de su cuerpo como un animal cegado por la sed.

Basta. Rayos. Presioné mi mano contra mi pecho y me froté suavemente mientras el viento frío de fuera del edificio me envolvía. Me detuve y miré a su ventana para ver la luz todavía encendida.

Lo que no habría dado por verla con la mano en las bragas, los ojos cerrados, la boca abierta en éxtasis...Lo que fuera...Lo que fuera.

Corrí hasta mi auto y entré, abrochando el cinturón de seguridad y soltando

un largo y tembloroso suspiro. Debí haberme molestado con ella por dejarme a punto de acabar, pero no lo estaba. Tenía hambre de más. Yo también podía jugar a sus juegos. Por ahora pensaba que estaba a cargo, sí, pero planeaba mostrarle algunas cosas que merodeaban en el rincón más profundo de mis fantasías.

Yo iba a entrar. Profundo.

\*\*\*

—Quiero decir, lo entiendo, pero no lo entiendo. —La voz de Mathew estaba temblorosa, por lo que tuve que asumir que era estrés. Él y Tania estaban en casa de mi madre, aunque de mejor humor del que imaginé que estarían.

—Lo sé, amigo. —Me acerqué y le apreté el hombro con fuerza. —Honestamente tampoco estoy en el punto de entender nada de esto.

—¿Estás triste? ¿Con el corazón roto?. —preguntó. Me miró mientras se sentaba en el columpio del porche a mi lado.

—No estoy seguro de cómo estoy, de verdad. Creo que entumecido es la palabra correcta. —Me encogí de hombros y le puse un brazo alrededor de los hombros. —Me entristece que tu mamá eligiera este camino, pero supongo que es mejor que terminemos nuestra relación ahora, mientras ella sea lo suficientemente joven como para encontrar a alguien más. Obviamente ella no estaba contenta conmigo.

—Es una puta, papá. —ladró Mathew.

—Math. Basta ya. Lo digo en serio. No me gusta tu lenguaje, ni la forma en que te refieres a tu madre. No lo vuelvas a hacer ¿Lo entiendes? —Levanté mi ceja, advirtiéndole que yo era mucho más grande y mucho más malo de lo que él creía.

—Muy bien. Lo siento, papá —Respiró y miró al cielo.

También levanté la vista a las estrellas, intentando con todas mis fuerzas no permitirme caer en una ola de ‘qué pasaría si...’. Eran mortales para cualquier esperanza de seguir avanzando en la vida.

—Bueno, ya es suficiente. Eres el mejor tipo que conozco. Trabajas duro. Eres un tipo apuesto. Inteligente. Gracioso. Amoroso. —Los ojos de Mathew se llenaron de lágrimas. —No quiero que te quedes solo.

Lo apreté cerca de mí. —Tranquilo amigo. Lo acabas de decir tú mismo. Tu mamá y yo nos distanciamos, Math. Es solo eso. Va a haber alguien más ahí



fuera para mí.

—Sí, pero te conozco, papá. Eres de los que se sacrifican. Dejarás que tu propia felicidad se vaya por nosotros, y sinceramente, desearía que no lo hicieras. —Me miró, asustándome por lo mucho que había crecido en los últimos años. El orgullo se estrelló contra mí y mis ojos se mojaron mientras él continuaba. —No vuelvas con ella.

—No lo haré, hijo. No puedo. —Di un largo suspiro y me levanté. —Tal vez encuentre a alguien que me ame.

—Así es. Te lo mereces, eso y mucho más.

Mi mamá abrió la puerta a mi lado y sonrió. —Acabo de sacar un pastel de durazno del horno. ¿Alguien quiere un poco con una bola de helado de vainilla?

—Por eso mi hijo es tan feliz de venir aquí. —Miré a Mathew mientras reíamos. Mi madre me golpeó y agitó la cabeza.

Mi papá salió de la sala de estar, sosteniendo a Tania y haciéndola rebotar como una muñeca de trapo. Mathew se rio y pasó al lado nuestro.

—Tania, ve a comer algo del pastel con Mimi. —le dije.

Mi padre esperó hasta que fuimos los únicos dos en la habitación para alcanzarme y apretarme el hombro. —Siento que estés pasando por esto. —Agitó la cabeza. —Ni en un millón de años esperé que Vicky fuera ese tipo de mujer. De ti si lo esperaría, pero de ella no.

—¿De mí? ¿Qué demonios, papá? —Saqué el teléfono de mi bolsillo y lo revisé, sin estar seguro de lo que esperaba encontrar, pero un poco decepcionado de que no tuviera algo de Paulette.

—Sí. Siempre has sido el más guapo. Vicky es una chica linda, pero tú la superas en apariencia. Siempre pensamos que saldrías de tu tonto enamoramiento con ella y seguirías adelante, pero nunca lo hiciste. Estoy muy orgulloso de ti.

—Sí, claro, se siente como una elección muy sabia ahora mismo. —Crucé los brazos sobre el pecho. —Pero como sea. Ella eligió seguir adelante. Ahora me toca a mí.

Mi madre volvió a entrar en la habitación, limpiándose las manos con una toalla de cocina. —¿Vas a pedir el divorcio?

—Sí, y la custodia de los niños. No limpia ni la cocina, y no está dispuesta a ayudarles con los deberes de la escuela. Ni siquiera a lavar sus ropas —Me encogí de hombros, sin saber por qué mis padres estaban escuchando esto. ¿Por qué no les había dicho ni una palabra sobre lo mal que se había puesto la

relación en los últimos años?

—Querido ¿Has estado ocupándote de todo eso y trabajando en tu oficina diez horas diarias, hijo? —La ceja de mi madre se levantó bruscamente.

Asentí con la cabeza, un poco avergonzado, pero no estaba seguro de por qué. Yo no era el que estaba holgazaneando. Trataba como un loco de mantenernos unidos a todos, y lo hacía bastante bien. Ni siquiera me había convertido en el imbécil rabioso en el que muchos se convierten expuestos a la alta demanda.

—¿Qué hacía ella mientras tú hacías todo eso? —Mi mamá apretaba sus manos contra sus caderas y me miraba con unos ojos que asustaban.

—No lo sé, mamá. —Me pasé los dedos por el pelo. —Tengo muchas cosas que hacer ahora mismo. Voy a ir a ese viaje mañana, trabajaré para impresionar a mi jefa y luego pediré el divorcio cuando vuelva.

—Tu jefa... —Mi mamá apretó sus dedos contra sus labios. —¿Esa mujer preciosa de la fiesta de Navidad?

—¿La de pelo negro? —La voz de mi padre se elevó un poco como si de repente estuviera interesado en Pau.

—Sí, es ella. —Me metí las manos en los bolsillos traseros y miré hacia adelante y hacia atrás entre ellos. Si ellos esperaban que yo compartiera voluntariamente información sobre Paulette, se iban a sentir muy decepcionados.

—¿Sólo ustedes dos en el viaje? —Mi mamá extendió la mano por mi brazo, apretando suavemente. —¿Es seguro?

—Es más probable que la gente muera en una tormenta que en un avión, mamá. —Sabía a lo que se refería, pero me gustaba molestarla.

Mi papá se rio. —No sería seguro para mí si estuviera soltera. Es una chica hermosa.

—Impresionante, en realidad. —dije. Me moví entre ellos y me dirigí a la cocina. —Y es una completa perra. Buscaremos una buena mujer cuando me sienta listo, ¿está bien?

—Puedes al menos tener una aventura con ella. —Mi padre dijo antes de que mi madre empezara con él.

Me reí y me dejé caer al lado de los niños en la sala de estar, sin querer decirle a mi padre lo mucho que estaba de acuerdo con él.

Una aventura con Paulette sería increíblemente sanadora.

Pero no estaba seguro de no querer más cuando ella estuviera lista para marcharse y continuar su vida.

# CAPÍTULO 9

## PAULETT

Me paseaba por el pasillo delante de nuestros asientos en el lujoso jet privado mientras el nerviosismo me destrozaba por dentro. En todos mis años de dominar la industria publicitaria, nunca quise impresionar a alguien como lo hice con Rafa. Era una locura. Como si algo se activara dentro de mí y volviera a ser una adolescente, queriendo la atención del chico más guapo de la escuela.

*Contrólate. Fue una mamada. Nada más.*

Fruncí los labios y sofoqué la necesidad de gemir. Se veía tan sexy sentado en su silla de oficina medio desnudo, empujando su verga increíblemente gruesa dentro de mí como si fuera mi dueño.

Mi cuerpo se llenó de humedad cuando me detuve y me di vuelta para verlo subir al avión.

Pero yo me conocía demasiado bien. Cualquier debilidad que burbujeara la ahogaba rápidamente en el ácido, y me convertía en una perra dominante.

—Llegas tarde. —Levanté la muñeca para mirar mi reloj. —Has llegado tarde varias veces últimamente. Me está poniendo de los nervios de punta esta situación

—Llego diez minutos tarde, su alteza, y estaba dejando a mis hijos en la escuela. —Se señaló a sí mismo y me miró fijamente. —Un matrimonio jodido, ¿recuerdas?

Pasé junto a él y llamé a la puerta del capitán. —Estamos listos.

—Por supuesto. Despegaremos en cinco minutos. Recuperaremos tiempo en el aire. —Me sonrió calurosamente cuando me di la vuelta y me dirigí a mi asiento, encontrando a Rafael ya en el suyo. La mirada en su hermoso rostro era una mezcla de inquietud y confusión. Odiaba lo mucho que quería consolarlo.

—¿Qué te molesta esta mañana? —Dije. Me ayudó a quitar el cinturón de seguridad cuando me daba vuelta y me acomodaba en el asiento.

—Nada. No dormí bien, —respondió. Me abroché el cinturón, intentando ignorar lo bien que olía. Respiré superficialmente, incapaz de disfrutar de él mientras manchaba mis pulmones y me empujaba violentamente hacia el

acantilado del deseo. No quería romper mis propias reglas con él. No tenía citas con hombres del trabajo.

*No quiere una cita. Quiere follar. Y tú también.*

—Ahh... únete al club, —dije. Deslizó sus manos por sus muslos, arrastrando mi atención hacia él. —¿Cómo están tus hijos? ¿Están bien? — Giré un poco la cabeza para mirarlo y desearía no haberlo hecho. La red de seguridad de su feliz matrimonio había desaparecido, y ahora corría el riesgo de empujarnos a lo que yo quería.

—Están bien. Supongo que lo están. —Se pasó los dedos por el pelo y me miró. —Son niños. Lo superarán con mucho amor, y seré directo con ellos.

—Mathew y Tania, ¿verdad? —Me acurruqué en el cálido cuero de mi asiento y traté de frenar mi corazón acelerado.

—Sí. Pau... sobre anoche. —Extendió la mano y me pasó los dedos por el brazo.

—No hay nada de qué hablar sobre lo de anoche. —Me fijé en la azafata. —Bourbon en las rocas. Doble. —pedí.

Rafa ordenó una botella de agua y me volvió a prestar atención. —Creo que sí lo hay.

—Mal por ti. —Miré por la ventana mientras el avión se elevaba en el aire. —Te lo estoy diciendo, no hay nada de qué hablar.

—Sí, pero verás... la cosa es...

—Rafa. No hay nada de qué hablar. Me necesitabas, y yo estuve ahí para ti. Tú habrías hecho lo mismo por mí. —Mantuve mi fachada bien cerrada, aunque la tormenta que se avecinaba bajo mi tranquila superficie era violenta.

—Quiero hacer lo mismo por ti. —Se inclinó hacia mí y apretó sus labios contra mi oído, lamiendo suavemente antes de susurrar. —Quiero abrirte como una flor y empaparme en tu liberación.

—Mierda. —le susurré y me alejé de él, cogiendo mi bebida y llevándola a mis labios. Todo lo que él tenía era mi calma. Mi control. Mi poder. Debajo de eso estaba roto. Asustado. Jodidamente solitario.

¿Por qué pensé que sería excitante encontrar a alguien que pudiera arrancarme el poder de mis dedos?

—También quieres eso. Dime que lo quieres. —Se acercó y me quitó mi bebida, tomando un sorbo y poniéndola en el soporte al otro lado de él. —Ven aquí.

Me levantó antes de forzarme a sentarme en su regazo. El grosor de su erección presionó contra la curva de mi culo, y maldita sea si no me froté

contra él una vez antes de tomar el control.

—No, no lo quiero. Quiero ganar este trato con la Corporación McMillian.  
—Bien. Sonaba como la perra a la que jugaba a ser en la oficina.

—Yo también quiero eso. —dijo. Deslizó sus fuertes manos sobre mis muslos y arrastró mi falda hacia arriba, las yemas de sus dedos rosaron mi piel y dejándola erizada a su paso.

—No puedo hacer esto. —Me di la vuelta y lo miré por encima del hombro. —No me gusta acostarme con cualquiera en la oficina. No sabes nada de mí.

—Quiero conocerte a fondo, Paulette. Solo creo que tienes miedo. —Su mano se deslizó por mi muslo interno, rozando mi clítoris y jugando a lo largo del costado de mis delgadas bragas de encaje. —Mierda, yo también tengo miedo.

—Esto no va a terminar bien, Rafa. —Gruñía suavemente y abría mis piernas, bajando la mano y tirando de mis bragas hacia un lado mientras pasaba sus dedos sobre mis labios, abriéndome y haciendo rodar su dedo corazón a lo largo de mi entrada.

—No quiero que termine, —dijo. Presionó su dedo y agarró mi hombro con fuerza con su mano libre. La humedad de su boca en la curva de mi cuello me hizo inclinarme hacia adelante, llevándome más de él dentro de mí. —Me encanta tu vagina apretada, Pauly. ¿De verdad crees que eres capaz de follarte a un hombre como yo?

Quiero intentarlo. Necesito hacerlo.

—No te hagas ilusiones, —respondí. —Llévame al borde y déjame allí, Rafa.

Gruñó contra mi oreja y me clavó otro dedo mientras me ahuecaba el pecho con su mano libre, masajeándolo con habilidad. El sutil levantamiento de sus caderas para frotar su pene contra mí fue casi demasiado.

—Estamos bien. Sólo date la vuelta y déjanos tranquilos un rato. —le dijo Rafa a la azafata, pero lo ignoré, trabajando contra su constante empuje hasta que llegué al borde del abismo.

Me sacudió los dedos y me agarró las caderas. —Siéntate en tu asiento, —dijo.

Me reí sarcásticamente, tratando de no dejar que la presión de mi orgasmo pendiente me convirtiera en una perra furiosa. Había recibido lo que merecía, y una parte de mí estaba orgullosa de él por haberme hecho lo mismo que yo le había hecho. Poder. Yo lo tenía, y él lo quería.

Se levantó de su asiento y se arrodilló frente a mí, lamiéndose los labios mientras me subía la falda por los muslos.

—Abre bien, —dijo.

—¿Qué? Pensé que...

—¿Que iba a dejarte colgada? ¿Como tú me dejaste a mí? Nunca. La ilusión de poder nunca es tan embriagadora como tener poder real, Pau. Deberías saber esto. —Me acarició la vagina una vez antes de inclinarse y besarme a cada lado mientras me agarraba con fuerza los muslos y me abría.

—No quiero esto. —susurré, sin saber qué más decir. Estaba perdiendo, y me sentía tan bien.

—Entonces dime que no. —me desafió. Me rozó los labios con la piel hinchada antes de lamermme un par de veces. Gimió y cerré los ojos, agachando la cabeza y tirando de él hacia mí.

—Eso es lo que pensaba. —Se inclinó y chupó mi carne en su boca antes de presionar dos dedos de nuevo en mí y me trabajó como a una puta.

No tardó más de un minuto, y sentí que el mundo explotaba. Empezó a retroceder, pero no le dejé. Ahuecando su cabeza con ambas manos, lo sostuve en su lugar y moví mis caderas, follándome su cara mientras gritaba con un largo sonido gutural. Se relajó y se zambulló más rápido, más fuerte, volviendo a ponerme al borde del abismo otra vez.

Empujé sus hombros cuando las estrellas comenzaron a disiparse ante mis ojos, pero él se fijó en mis muslos y trabajó con su lengua alrededor de mi piel mojada, lamiendo cada gota de mí.

—Maldita sea, mujer. —dijo. Levantó la vista con sus labios mojados y sus ojos llenos de pasión. —Tienes tan buen sabor. Quiero más. —Se inclinó hacia abajo y me lamió de nuevo antes de pasar su pulgar por mis pliegues y burlarse de mí. —Me gusta que intentes resistirte. Es tierno.

Sonreí y le di una bofetada. —Ahora levántate y averigua cómo vamos a ganar este contrato.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero hacer. —Se sentó en su asiento y agarró su pene a través de su pantalón, pasando su mano sobre él mientras descansaba firme y se erguía por el muslo.

—Estoy casi celosa. —Me acerqué y lo acaricié una vez mientras mi boca se llenaba de saliva para probar otra vez su sabor. Nunca llegué al premio porque quería darle una lección. Era algo que todavía quería enseñarle.

—No lo estés. —Me miró, poniendo su mano sobre la mía. —Puedes recuperar el control en cuanto me lo quites.

—Ya lo tengo, Rafa. —Le apreté el pene y tiré de mi mano.

—Así es. Sigue diciéndote eso. —Cogió mi bebida y se la bebió.

# CAPÍTULO 10

## RAFA

No podía dejar de lamirme los labios. Nunca en mi vida me había imaginado a una mujer con tan buen sabor. Vicky era insípida cuando acababa, y rara vez me dejaba tener mi boca entre sus muslos. Pero el sabor de Paulette era fuerte, delicioso.

—Deja de pensar en mí.. —dijo. Me pasó por delante mientras estaba de pie en la parte delantera del avión, esperándola.

Las suaves curvas de su voluminoso trasero me sacaron de mi estado de casi tranquilidad.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —respondí. Bajé las escaleras detrás de ella. —Eres bastante adictiva, pero estoy seguro de que lo sabías.

No la miré mientras caminábamos hacia la limusina que nos esperaba al final de la pista.

—Tal vez. —dijo. Se movió hacia atrás y le dio al conductor una cálida sonrisa. Los celos se desataban en lo más profundo de mí, y los ignoré. Era una tontería. Era infantil.

—Hola, Srta. Barron. Encantado de volver a verla. —Los ojos del conductor se movieron sobre ella como si acabara de salir de sus fantasías.

*Te entiendo amigo.*

Me aclaré la garganta y extendí la mano. —Soy Rafael. Encantado de conocerte...

—Parker. Encantado de conocerte también. —Él asintió con la cabeza antes de alcanzar las maletas de Pau, conversando con ella mientras yo ponía mis maletas en la parte de atrás y levantaba mis manos hacia el cielo, estirándolas y sintiéndome como un bolso con un millón de dólares. Ella me deseaba a mí. No tenía ninguna duda.

Yo le seguía el juego y la ayudaría a conseguir el trato que buscábamos, pero una vez que entráramos en la habitación del hotel, las apuestas se acabarían. Quería que se marchara cojeando al día siguiente sin nada en su mente, solo con la esperanza de que volver a estar debajo de mí, sudorosa y gritando de placer.

—Lo estás haciendo de nuevo. —dijo. Pasó junto a mí antes de sonreír



arrogantemente sobre su hombro. —Me doy cuenta.

—¿Cómo? —Le abrí la puerta y resoplé.

—Bueno, tu erección es bastante notoria. —Se metió en el coche antes de alcanzarme y acariciarme.

—No puedo evitarlo. —dije. Puse su mano de nuevo en su regazo para asegurarme de no convertirme en un animal por necesitar su toque. Tenía que mantener las líneas de demarcación, o la mujer se apropiaría de mí como lo hacía con todo y todos en su vida. Era una zorra, y peligrosa. —Mantén las manos quietas hoy. Ya tuve todo lo que puedo soportar sin arrastrarte a una habitación y destrozarte, Pauly. No he tenido sexo en tres meses.

—¿Qué? —Su voz se elevó, enviando el deseo a la boca de mi estómago. Le importaba, aunque no quería aceptarlo. Una sonrisa me asomó por el labio. —Si tuviera un hombre con un pene como el tuyo, lo adoraría. —dijo.

—¿Lo adorarías a él o al pene?

Ella se rio. —¿Ambos?. —respondió.

—Es bueno saberlo. —Me lamenté mientras se movía a su lado del coche, extrañando su cercanía casi inmediatamente. Era lo mejor. Necesitaba trabajar para resolver mi futuro, y cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de lo mucho que quería que ella formara parte de él. Físicamente íbamos a ser explosivos, y en todos los demás niveles éramos demasiado compatibles para ignorarlo. Nos volvíamos locos el uno al otro porque había algo inalcanzable entre nosotros, y no éramos el tipo de persona que disfruta de la negación durante demasiado tiempo.

Por ahora, ella no quería nada más que sexo... Yo era bueno con eso. Tengo mucho que reconstruir por delante de mí. No sería una carga para ella, y una mujer como ella no soportaría bien este tipo de carga. O tal vez no le estaba dando suficiente crédito.

Ella sacó un archivo y lo dejó caer en mi regazo. —Lee esto y prepárate para retomar la segunda parte de la presentación.

—Todavía puedo saborear tu vagina en mis labios. —Me lamí los dedos mientras hojeaba el archivo.

Gruñó suavemente a mi lado. —Cuidado, Rafa. Sólo juego por un tiempo.

—¿Y luego qué haces, Pau? —La miré, chupándome uno de mis dedos.

—Entonces tomo lo que quiero... sin importar el costo.

\*\*\*

Sus palabras resonaron en mi cabeza durante el resto del viaje a la oficina y me llenaron de necesidad.

¿Sería algo que ella quería? ¿En su cama? ¿Entre sus muslos tensos?

—¿En su vida? —Susurré bruscamente y me tragué el pensamiento mientras me inclinaba hacia adelante y comprobaba mi aspecto en el espejo del baño. No estaba listo para otro dolor de cabeza, y aunque ella podría estar bien con un compañero de sexo, y yo podría aguantar por un tiempo, sólo podría hacerlo por un tiempo.

*Estás pensando como una mujer.*

Me reí de mí mismo antes de volver a salir al pasillo y encontrarla parada frente a la puerta de una sala de conferencias, hablando con un tipo mayor que parecía muy divertido con ella.

—¿Cómo es que no estás con nosotros, Paulette? ¿Estás segura de que eres feliz en tu firma? Tengo varias posiciones en las que me encantaría que entraras. —Alargó la mano y le apretó el hombro.

Apuesto a que sí.

—¿Estás listo, Rafael? —Me miró a los ojos y no parecía para nada nerviosa por el tipo que se le insinuaba con tanta fuerza. ¿Los hombres siempre la trataban como un objeto? ¿Acaso no me había dado cuenta antes?

—Lo estoy. —Le extendí mi mano y la saludé antes de tomar un lugar junto a ella. La dulzura de su perfume me invadió, y no pude evitar levantar la mano y oler mis dedos cuando el video que había preparado apareció frente a nosotros.

Ella me miró mientras sus ojos se abrieron un poco y susurró. —¿En serio?

—Es jodidamente delicioso. —respondí silenciosamente también. Respiré de nuevo suavemente y me encogí de hombros. —Lo mejor que he probado desde que era un niño en la tienda de dulces.

Me golpeó fuerte en el pecho cuando el video terminó y caminó hacia el frente. —Como han visto, tenemos varias opciones para ustedes. Con su público objetivo actual, creo que el video tres es nuestra mejor apuesta.

Una mujer de pelo rubio y largo habló, el ceño fruncido en su cara mostraba que no estaba muy contenta con algo. Era eso o la perra acababa de chuparse un limón.

—¿Por qué no mostrar ese video primero? —Se rio sarcásticamente y miró a su alrededor. —¿Qué le pasa a este bufete? Somos la mejor agencia de publicidad del mundo. —dijo Paulette. Se rio y me miró. —Dile por qué

guardamos lo mejor para el final.

Miré a la mujer mientras me prestaba atención. Sus ojos se abrieron un poco como si viera algo que le gustaba. Bien por ella.

—Lo último que ves es lo que más recordarás. Simple marketing, honestamente. —dije y le presté atención a Pau.

—Rafael tiene razón. —dijo Paulette y luego trabajó con el público durante los siguientes minutos, respondiendo preguntas, dirigiéndolos, manipulándolos y dejándolos sin aliento. Era una tigresa. Despiadada. Decidida. Jodidamente caliente como el infierno.

Me moví hacia atrás y me apoyé contra la pared, mirándola en acción. Cómo en el mundo una mujer como ella dejaría que un tipo como yo se metiera entre sus piernas estaba más allá de mi comprensión, pero de la misma forma en que ella había explotado la habitación, yo iba a explotar y explorar cada oportunidad que me diera.

—Es todo lo que tenemos. Les daremos el día de hoy para que lo discutan y tomen decisiones. El tiempo es dinero. —Ella tomó su carpeta, les dio una sonrisa que derretiría corazones y caminó hacia la puerta. Después de entrar en el pasillo, me miró. —El CEO y su esposa nos acompañarán a cenar. Será divertido.

—¿Por qué es eso? —Pregunté. Me incliné hacia una habitación vacía y la alcancé, la agarré y la arrastré conmigo. La ventana desde el pasillo hacia la oficina era grande, pero no es que estuviera demasiado preocupado. Algo en ella me hizo ser descuidado y dispuesto a arriesgarlo todo.

La presioné contra la puerta y pasé mis manos sobre sus caderas antes de inclinarme y presionar mis labios contra el lado de su cuello en una miríada de besos lentos y sensuales. Me sentí bien al estar contra ella, frotando los músculos que tanto había trabajado para ganar en el gimnasio contra la suavidad con la que ella había nacido.

—Porque puedes ver otro lado de mí. —Me agarró de la nuca y me tiró, forzándome a retroceder.

—Quiero ver tu trasero. Levantado en el aire para mí mientras tiembles. —le dije. Me incliné y presioné mi boca contra la de ella, forzándola a abrirla y girando mi lengua dentro. El suave gemido que emitió cayó en espiral y se enterró dentro de mí, despertándome de nuevo.

—¿Qué te hace pensar que levantaría el culo por ti? ¿Parezco una gatita en celo? —Me mordió antes de empujarme el pecho. —Además... Estoy a cargo en el dormitorio, ¿O no lo sabías?

Se giró y abrió la puerta antes de mirar por encima de su hombro mientras yo intentaba ralentizar mis pensamientos mientras caían en picada hacia algo completamente inapropiado.

—Me gusta mas la idea de atarte a una silla y jugar con tu cuerpo hasta que te rompas. —añadió.

—¿Y si no me rompo? —Pregunté. Extendí la mano y le apreté el culo antes de acercarme a ella para pedir más.

Salió al pasillo y tuvo el valor de reírse de mí. —Todos los hombres se rompen, Rafa. Sólo tengo que averiguar dónde está ese punto en ti.

—¿Por qué querrías hacer algo así? —Me moví a su lado cuando la energía me atravesó. Ya tenía una razón para despertarme por las mañanas. Una razón para esperar los próximos días, no importa lo mal que se hayan puesto.

—Porque eres el tipo de hombre que devuelve favores. —Ella empujó la puerta que conducía a nuestra salida.

Me quedé en silencio y dejé que la puerta se cerrara en mi cara. ¿Un hombre que devuelve favores? ¿Quería que la rompiera? ¿De eso se trataba todo esto?

Cada centímetro de mí se incendió. El calor se extendió como zarcillos de placer desde el centro de mi estómago y latía violentamente, debilitándome.

¿Podría la lujuria ser tan deliciosa? ¿Estoy condenado?

Si es así, quería más. Quería todo.

Toda ella. Podría romperla, pero sólo si eso significaba que me dejaría volver a tenerla. De lo contrario... No estaba interesado.

# CAPÍTULO 11

## PAULETT

Estaba agradecida de Gina por reservar dos habitaciones separadas para mí y para Rafa en el hotel, aunque la decepción en su cara me perseguía. ¿Para él era sólo un medio para encontrar placer? Eso es todo lo que tengo que ser.

Ahora, si pudiera entender eso sería maravilloso. No hay promesa de una primera cita, ni besos suaves bajo la luz de la luna. No hay esperanza de un anillo o un vestido de novia.

Las lágrimas me quemaron los ojos mientras cerraba la puerta de mi habitación del hotel y caminaba hacia la cama. Me dejé caer en el borde y presioné mi mano contra mi cara, dejando caer unas cuantas lágrimas en mi cansancio. ¿Cuánto tiempo había estado interpretando un papel que no me quedaba nada bien?

—Demasiado tiempo. —susurré y me eché en la cama con un sollozo que se levantaba de mi pecho. No había llorado en años. No desde que encontré a Roland en la cama con otra mujer y pedí el divorcio. Sé por lo que Rafa estaba pasando, aunque no estaba segura de si lo admitiría. Después de haber hecho las maletas en Seattle luego de que mi vida se vino abajo, dejé todo y me fui a San Francisco, prometiéndome a mí misma que sería una mujer nueva. Una mujer diferente. Y lo estaba siendo.

Pero el costo era elevado, y la seguridad venía con un montón de otras cosas, siendo la soledad la reina. ¿Cómo es que alguien podía estar entre una multitud de personas, ser acariciada y adorada desde todos los ángulos y sentirse completamente sola? No lo sé, pero era mi historia.

Me puse de costado y levanté las rodillas para ponerme en posición fetal mientras dejaba caer mis zapatos al suelo. Rafa amenazaba con cambiar eso. No se trataba del sexo, sino de la pasión que sentía con él, el deseo de abrirle mucho más que mis piernas.

El terror se apoderó de mí y cerré los ojos con fuerza. Podría terminar el viaje, y luego decirle que fue divertido y que habíamos terminado. Necesitaba protegerme de él. Tenía que hacerlo. A toda costa.

Era un buen hombre, un hombre cariñoso, con grandes valores y un fuerte sentido de liderazgo. Mi posición debería haber sido la suya, pero usé mi

inteligencia y encanto para superarlo después de llegar a la firma. Quería sentirme culpable por ello, pero no pude. La supervivencia se veía diferente para todos, y tomar el primer lugar en la firma era parte de mi plan. Eso me permitió mirar hacia abajo y tratar con mi personal desde lejos, sin tener que mirarlos directamente a los ojos.

De lo contrario sabrían mi verdad. Y Rafa se estaba acercando demasiado. Un golpe a la puerta me hizo levantarme y soltar un suave suspiro.

—¿Paulette? Tenemos que irnos si quieres llegar temprano. Sé que te gusta ser la primera. —Se rio, y su sonido, incluso a través de la puerta cerrada, me afectó.

—Dame diez minutos. Nos vemos en el vestíbulo. Consíguenos un coche. —No era una pregunta. Aunque quería que lo fuera, que le diera la opción de hacer lo que yo quería, y ser exactamente lo que yo necesitaba que fuera, pero eso me dejaría abierta a la cruda realidad de que él no era sólo el hombre de mis fantasías sexuales, sino de todas mis fantasías.

—Muy bien. Date prisa, y recógete el pelo. Me gusta así. —dijo.

Puse los ojos en blanco y me quité el traje de negocios antes de cambiarme a un vestido de cóctel negro y trabajar para arreglarme el maquillaje. Deseaba tanto revelarme dejando mi cabello suelto, pero no podía. Trabajé mis largos mechones en un bollo desordenado, me puse perfume y un collar que me regaló mi madre y salí de la habitación.

Recé todo el camino por el ascensor para que él quisiera follar en su habitación y no en la mía. Necesitaba un lugar al que retirarme cuando termináramos, pero lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no saldría de mi habitación. Se parecía demasiado al tipo de hombre que querría acurrucarse y charlar después.

—No está pasando. —murmuré y lo vi de pie junto a la puerta. Una rubia bonita se estaba riendo de algo que dijo, y mi estómago se apretó al pensar que él se divertía con ella.

Roland me engañó bajo mis narices durante cinco años y dejó que todos sacaran una hoja afilada y me la clavaran en la espalda en el momento en que tuvieran la oportunidad.

Le sonreí a Rafa cuando lo adelanté, pero rápidamente volví mi atención hacia el aparcacoches como si nada importara.

—Buenas noches, señora. ¿Qué puedo hacer por usted? —El joven metió las manos en los bolsillos y me dio una linda sonrisa.

—Ella está conmigo. —Rafa se movió a mi lado, extendiendo la mano y

tocando la parte baja de mi espalda antes de mirarme. —Conseguí un Lexus. ¿Está bien?

—Perfecto. —No le presté atención, sino que cogí las llaves del coche y entré antes de que Rafa pudiera decir algo.

Se rio mientras se subía al lado del pasajero y se abrochó el cinturón de seguridad. —¿Te gusta conducir? ¿Por qué no me sorprende eso? —Preguntó.

—Muy bien, entonces Ian y Mabel McBride son con quienes vamos a cenar. Le encanta el golf, se graduó en el MIT y ella es una ama de casa sin hijos con mucho tiempo libre. Les encanta la comida oriental, viajar y jugar al golf juntos. Habla de tus hijos. Les encanta la idea de los niños, pero no los tienen. Creo que han patrocinado un orfanato como su mejor caridad. —dije. Salí a las concurridas calles de la ciudad y me di vuelta para encontrar a Rafa observándome de cerca.

—Te ves increíble. Me encanta tu pelo así. No estoy seguro de haber visto nunca a una mujer tan hermosa como tú, Pauly. —Extendió la mano y pasó sus dedos por encima de la curva de mi hombro, dejándome sin aliento por nada más que su adoración.

—¿Oíste lo que dije? Deja al colegial y pon tu cabeza en el juego. —Volví a prestar atención a la carretera y hojeé las emisoras de radio. —Esto sería una gran victoria para nosotros.

—Te cogeré esta noche. —Se acercó y apretó la boca contra mi cuello mientras su mano me levantaba la falda, sus fuertes dedos apretando la cara interna de mi muslo.

Respiré profundamente y asentí con la cabeza. —Lo sé. En tu habitación, por favor.

—¿No quieres acurrucarte después? —Me rozó la nariz en la oreja. —Podríamos hablar de nuestros problemas y ser mucho más que amantes.

—Eso no pasará. —Le empujé el pecho y le di al acelerador. Apenas me mantenía firme, lo que era raro. Tenía una manera de relajarme con las lujuriosas promesas de la carnalidad. No era algo que no hubiera escuchado un millón de veces antes de varios labios a través de los años, pero de él... sonaba diferente. Se sentía mucho más real. Era la apertura de una puerta que quería mantener cerrada con llave.

Y con cien pernos.

—Muy bien. Puedo hablar sobre el golf y los niños. No hay problema. —Pasó sus manos sobre sus muslos y levantó sus caderas antes de trabajar para reposicionar su pene.

—¿Tienes que hacer eso a menudo? —Le di una sonrisa estrafalaria y me obligué a mantener mis manos en el volante.

—Sólo cuando estás cerca. —Se giró y miró por la ventana más cercana a él, cortando la conversación entre nosotros.

Lo más probable es que lo hubiera ofendido con mi descarada respuesta a la intimidad post- sexual. Bien. Lo mantendría a raya, donde necesitaba permanecer.

Nos detuvimos en el restaurante, y salí, dándole la llave al valet mientras mi teléfono zumbaba. Lo saqué de mi bolso y me acobardé. Mi mamá.

—Tengo que contestar. Ahora mismo voy. Deberían estar aquí en cualquier momento. —Eché un vistazo.

—Por supuesto. Las reservas están bajo.... —dijo.

—Mi nombre. —Le respondí. Me di vuelta y me puse el teléfono en la oreja mientras caminaba un poco por la acera. —¿Mamá? ¿Estás bien?

—Soy Mabel, Paulette. —Era la enfermera que cuidaba de mi madre. —No está muy bien. La tienen descansando ahora mismo, pero tuvo un episodio hace una hora.

—Estoy fuera de la ciudad, pero tomaré el primer vuelo...

—No. La tienen con drogas pesadas para que pueda dormir. Sólo ven mañana. Debería despertarse a la hora de comer, ¿Está bien?

El dolor me ataba el pecho, pero lo obligué a retroceder. —Correcto. Ella...

—No, cariño. No tiene ni idea de quiénes somos ni de dónde está. Todo es parte de la...

—De la enfermedad. Estoy al tanto. —dije. Presioné mis dedos contra mis ojos y me esforcé por no sentir nada. Ahora no era el momento.

—Vale. Todo va a salir bien. Sólo ven mañana, y trabajaremos para que ella te recuerde. Todavía tengo el álbum de fotos que trajiste, ¿Está bien? —La enfermera había sido un regalo de Dios, y yo la amaba como la tía que nunca había tenido.

—De acuerdo. Gracias, Mabel.

—Está bien. Ten cuidado.

Dejé caer el teléfono en mi bolso, tomé un largo y tembloroso aliento y guardé los pensamientos más dolorosos que tenía dentro de mí.

Mi madre se estaba muriendo, y ella era todo lo que me quedaba en el mundo.



# CAPÍTULO 12

## RAFA

Levanté la vista mientras Paulette se acercaba.

—¿Estás bien? —Pregunté. Parecía estar trabajando duro para ocultar lo que le estaba pasando, pero su cara se veía pálida, y parecía estar a punto de llorar. Cada parte de mí quería levantarse y abrazarla, prometiéndole que lo enfrentaríamos juntos, fuera lo que fuera, pero no lo hice. Ella no lo apreciaría, y lo más probable es que sólo la alejara más.

Demonios, la mujer no quería ser retenida después del sexo. No se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

—Estoy bien. Me iré por la mañana para ocuparme de unos asuntos personales en casa, pero necesito que te quedes aquí y te encargues de las cosas. —dijo. Se sentó y recogió la carta de vinos. —¿Estás de acuerdo con eso?

—Por supuesto, ¿pero qué está pasando? ¿Necesitas...?

—Necesito que hagas lo que te he pedido que hagas. —me dijo bruscamente, con las cejas apretadas y una voz cada vez más aguda. Esta era la perra que conocía demasiado bien y, sin embargo, por primera vez en cinco años, me daba cuenta de esto.

No era una perra en absoluto. Se estaba protegiendo a sí misma.

—Absolutamente. —respondí. Recogí mi menú y le pasé la lista de aperitivos. El camarero regresó, y ordené algunas cosas, incluyendo un trago fuerte para ella. Cuando aparecieron las bebidas, también lo hicieron nuestros invitados.

Me presenté y me senté a observar a Pau mientras se convertía en una mujer completamente diferente.

Era dulce y amable, hablaba en voz baja y no se parecía en nada a la mujer que estaba en la sala de juntas ese mismo día.

Era una camaleona. Una manipuladora de personas. Aunque quería estar disgustado u horrorizado, no podía. Entendía muy bien lo que estaba haciendo. La única pregunta que seguía corriendo a través de mí era ¿por qué?

¿Qué hacía que una mujer hermosa, fuerte y brillante como ella se parara detrás de un millón de máscaras? Y más aún, ¿Qué aspecto tenía en realidad?

Me odiaba por querer empujarla a ese estado. Ella no lo apreciaría, y yo no sobreviviría. Me estaba enamorando de ella siendo una perra furiosa en un juego de poder. Si había algo debajo de la superficie que mostrara inseguridad o debilidad, yo iba a caer en algo de lo que no podría salir.

No tenía la fuerza para amar a otra mujer todavía. Tal vez nunca.

\*\*\*

Terminamos de cenar y nos dimos la mano con los Mcbrides antes de caminar hacia el frente y volver al Lexus. Ella me dio las llaves y pareció hundirse en su asiento mientras yo conducía de nuevo a la calle principal. El cansancio se sentaba sobre sus hombros, y me costó todo lo que tenía para no volver a preguntar sobre lo que estaba pasando. ¿Tenía un hijo? ¿Un hermano que estaba enfermo? ¿Una madre o un padre que tuvo un accidente?

Si es así, ¿Por qué no se estaba yendo ahora?

—Gracias por hacer un gran trabajo hoy. —dijo. Su voz era suave, y eso desentrañó mis pensamientos. De repente no me preocupé por los detalles. Me preocupé por ella.

Extendí la mano y cogí la suya, llevándola a mis labios y besando suavemente sus dedos. —Siempre haré un gran trabajo para ti. —dije.

—No sé por qué. —Se rio, pero el sonido cayó rápidamente creando un vacío entre nosotros. —Tú deberías estar en esta posición, no yo. —dijo.

—Mentira. No te pongas blanda conmigo. —respondí. Presioné mis dientes contra uno de sus dedos mientras gemía suavemente a mi lado, dejando que mi pene creciera, listo para su atención. —Lo siguiente que sabremos es que nos acurrucaremos y planearemos un huerto.

Se rio y me sacó la mano de encima, pero no la devolvió a su regazo como esperaba. Me pasó las uñas por encima del muslo, y los escalofríos me recorrieron la superficie de la piel, mientras mi pulso se disparaba. —Pau. Sé que tienes muchas cosas que hacer. No tenemos que hacer nada que no quieras.

—Oh, quiero esto. Malamente. —Se inclinó más y me apretó las pelotas, sujetando suavemente y dejando que el aire saliera de mis pulmones. —Quiero pasar horas averiguando cuán físicamente compatibles somos. —dijo.

La luz que teníamos delante se puso roja y frené al soltar un pequeño gruñido. Me acerqué, tirándola hacia mí y aplastando mis labios contra los de ella. Se abrió y exudó más pasión en el beso de lo que yo creía posible. Ella era una complejidad por la que querría pasar el resto de mi vida

desentrañándola, y sin embargo sabía que mi tiempo era limitado. El muro estaba cayendo, pero resucitaría en cuanto regresáramos a San Francisco.

—La luz está en verde. —dijo y me lamió los labios antes de volver a su asiento.

Miré hacia abajo para asegurarme de que mi camisa no se levantaba por el intenso latido de mi corazón. Sentí como si estuviera trabajando para liberarse del pecho.

—Podemos ir a mi habitación. Nada de abrazos ni nada que no quieras. —dije y volví a tomar su mano, pero esta vez la sostuve contra mi muslo, ofreciéndole un apoyo silencioso.

—Bien. No quiero nada más que una noche de pasión, Rafa. Una noche. Es todo lo que tengo para ofrecer. —Bajó el espejo por encima de ella y me tiró de la mano. —Y si eso no es suficiente, entonces ni siquiera lo intentes.

—Es más que suficiente. —dije. Me lamí los labios, ignorando lo mal que sus palabras me marcaron. Quería mucho más que una noche, y estaba casi seguro de que ella también, pero no había manera de convencerla.

Aparcamos el coche y tomamos el ascensor hasta mi habitación en silencio. Mi corazón seguía acelerado dentro de mi pecho cuando llegamos a la habitación, y aunque sé que ella quería el control, simplemente no tenía ganas de dárselo.

La puerta de la habitación se cerró detrás de mí dentro, y la alcancé, listo para disfrutar de ante cada emoción caprichosa causada por su pequeño y apretado cuerpo, pero ella se alejó.

—No. Desnúdate y siéntate... aquí. —dijo. Tomó la silla del escritorio al final de la habitación y la puso entre las camas. —Estas son las reglas. No muevas las manos de los lados de esta silla. No tengo una cuerda para atarte, pero sé que sigues muy bien las instrucciones cuando te benefician. No muevas las manos o me voy. —dijo.

Se volvió hacia mí, sus ojos habían perdido todo el calor cuando se echó hacia atrás y se bajó la cremallera del vestido. No tenía palabras para el deseo que atentaba cada centímetro de mí cuando su vestido golpeó el suelo. El pequeño sostén negro apenas cubría sus pezones, dejando a la vista gran parte de su carne blanca y cremosa. Mis ojos bajaron por su apretada barriga hasta el pequeño triángulo negro que cubría su vagina.

El aire se volvió difícil de respirar.

La quería encima de mí. Atado a una silla, una cama, colgando por la ventana. La obsesión había empezado hace mucho tiempo, y ahora estaba en su

apogeo, y estaba jodido por ello.

—Siéntate. —me ordenó. Se alejó de la silla y caminó hacia la ventana, dejando su hermoso trasero en exhibición para mí. La tanga desapareció en la curva de su culo, y no podía dejar de pensar en sacarla con mis dientes. Sus tacones eran altos, y se veían increíbles al final de sus largas piernas bronceadas.

—Maldita sea, Pau. Eres tan jodidamente sexy. —Me tiré de la corbata y me quité la camisa antes de trabajar en mi cinturón como un adolescente con la promesa de su primera mamada.

Se volvió y se inclinó hacia la ventana, soltando un débil aullido mientras se presionaba contra el cristal. —Soy toda tuya esta noche, pero empezaremos con mi fantasía primero. —dijo.

Mi pene palpitaba con el sonido de su voz, pero la necesidad de dominio que sentía en ella me llevó al borde del orgasmo. La mujer era demasiado poderosa, y honestamente, por primera vez en mi vida... realmente me asustó.

Empujé mis pantalones sobre mis caderas y me quité los zapatos antes de caminar hacia la silla y sentarme. Miré mi cuerpo, orgulloso de mi y del tamaño de mi pene. Era una rareza sentir algo distinto a la indiferencia en los recientes años de mi vida, y sin embargo aquí.... con ella, yo era el centro del deseo.

Caminó hacia mí mientras yo agarraba los lados de la silla y la miraba.

—¿Conoces las reglas? —Dijo mientras me tocaba el costado de la cara, y por un minuto pude ver algo debajo de su máscara. Soledad.

—Sí, pero luego será mi turno. —respondí.

—Tal vez. —agregó.

Me reí y me lamí los labios mientras ella se giraba y se sentaba en mi regazo, atrapando mi pene entre sus muslos y tirando de él mientras se levantaba. Su trasero me frotó el estómago y dejé salir un gemido apretado, queriendo alcanzar y agarrar sus caderas para forzarla a volver a sentarse.

—Eres tan grande, Rafa... —susurró y lo hizo de nuevo mientras yo cerraba mi mandíbula y trabajaba en no acabar todavía.

# CAPÍTULO 13

## PAULETT

Me senté en el regazo de Rafa, mis piernas entre las suyas, y su grueso miembro atrapado en la parte superior de mis muslos. Estuvo magnífico. Es el hombre más sexy que he llevado a la cama conmigo.

—Quítate las bragas, Pau. —susurró contra mi espalda y levantó las caderas.

Me agaché y le agarré el pene con mis bragas, apretándolo más fuerte contra mí mientras ondulaba mis caderas y frotaba mi cuerpo a lo largo del suyo hasta que la fricción me tiró por el borde. No me contenía con mis gemidos mientras me acercaba al orgasmo.

—Mierda. —gruñó y levantó sus caderas, trabajando contra la sedosidad de mis bragas y metiéndose en el estrecho agarre en el que lo tenía atrapado. —Necesito estar dentro de ti. Mueve tus malditas bragas ¡Ahora!

Su voz era profunda, mandona, y las empujé hacia un lado, levantándome un poco, y empalándome sobre él.

Grité más fuerte cuando mis piernas comenzaron a temblar. No podía haber más que la punta dentro de mí, aunque lo quería todo de él.

—Abre las piernas. —dijo. Presionó sus labios contra el costado de mi cuello mientras yo me apoyaba en su firme pecho. —Déjame usar las manos y abre las piernas. Extiéndelas y déjame entrar en ti.

—No. —susurré presionando más, decidida a hacer las cosas a mi manera.

—Sé que te gustará, Pau. Se va a sentir tan bien tener este gran pene dentro de ti. Sólo te lo niegas a ti misma, nena. Yo ya estoy en el cielo. Abre las piernas. No me hagas pedírtelo de nuevo.

Incluso en medio de tener en cuenta mis reglas, me ordenaba que hiciera lo que él quería. Abrí mis piernas de par en par y las puse sobre las suyas mientras me apretaba contra su pene de nuevo y me abría paso hacia abajo. El placer me atravesó, y grité mientras él levantaba su trasero de la silla y movía sus caderas, empujándome hacia adelante.

Agarré sus muslos y me eché hacia atrás, gimiendo una y otra vez como una puta en medio de una orgía.

—Déjame usar mis manos. Quieres esto, Pauly. Sé que lo quieres. —

Levantó las caderas, y me di cuenta de lo mucho que lo deseaba. —Déjame tocarte en todas partes.

—Sí. Tócame. —gimoteé mientras agarraba mis caderas y me empujaba de nuevo para descansar contra él. Su mano fuerte agarró mis pechos mientras la otra corría por mi estómago y me abría. Levanté las caderas y volví a gritar.

—Eres una buena chica. —Me lamió justo debajo de la oreja mientras hacía rodar suavemente mi pezón entre sus dedos y tiraba de él con ganas. —Estás a mitad de camino. Relájate y déjame meterlo dentro de ti.

Asentí, medio perdida por el placer que me arrastraba bajo una gruesa manta de depravación.

—Gime por mí, Paulette. —Me empujó desde abajo, metiéndose más en mí mientras yo me entregaba a él. Sus dedos presionaron contra mi clítoris, frotando círculos lentos mientras yo soltaba un largo gemido tembloroso.

Ni en un millón de años había imaginado a alguien capaz de vencerme en cuestión de minutos.

Fue aterrador.

—Oh Dios. —gemí y me acuné contra él mientras él se retiraba un poco y volvía a empujar hacia adentro, más profundo.

—Sí, todo está bien, cariño. —dijo y metió mi oreja en su boca mientras pasaba el dedo por encima de mi clítoris y me embistió de nuevo, cogiéndome como nunca me había cogido alguien, y, sin embargo, sabía que esto sólo iba a mejorar.

—Quiero más. Todo. —dije. Giré un poco la cara, lo que fue un error. La lujuria en su voz no era en absoluto parecida a lo que vi en su cara.

Amor. Protección. Compromiso.

—Bien. Sube a la cama y levanta tu trasero en el aire para mí. —Me mordió los labios antes de ponerme la mano alrededor del cuello y me obligó a inclinarme un poco para poder hacer el amor con mi boca.

Arqueé mi espalda y me abrí paso por su pene mientras lamía y chupaba con mi lengua y mis labios.

Sólo había una forma de conseguir más de él... escuchando sus órdenes.

—No. —le susurré y le pellizqué antes de soltarlo y caminar hacia la cama. —Acuéstate. Quiero estar arriba.

Se rio y se levantó con su pene mojado y orgulloso mientras se movía hacia mí. —Tuviste tu turno, y lo sabes. No seas la perra codiciosa. La esperan en la oficina mañana. Déjala descansar.

Comencé a responder, pero él agarró mis caderas y me dio vueltas,

golpeando mi trasero y empujando la parte posterior de mi hombro.

—Ponte en cuatro y déjame follarte. Tú lo quieres. Deja de negarte y haz lo que te dije. Sólo voy a terminar contigo cuando seas un desastre húmedo. Déjame probártelo.

Me arrastré lentamente sobre la cama, sin imaginar lo mucho que me gustaría que me poseyera.

Sus fuertes manos corrieron por mis muslos antes de sacudirme las bragas con fuerza, rompiendo el material delgado y dejándome al descubierto.

—Eres tan caliente. Tan mujer, Pau.

—Cállate y cógeme. —le susurré mientras tocaba mi humedad y se acomodaba en la cama detrás de mí.

—Eso haré. —Agarró mis caderas y me tiró hacia atrás violentamente, encontrando su lugar dentro de mí mientras yo gemía y presionaba mi cara contra la cama.

No había estado con un hombre tan grueso como él, y no estaba segura de si iba a volver a estarlo. Me gustaría sentirme forzada a abrirme a él por el resto de mi vida después de esta noche. No tenía ninguna duda.

Su pulgar me rozó el culo, presionando un poco mientras yo me ponía rígida.

—¿Alguna vez has dejado entrar a un hombre aquí?

—No. —me quejé y presioné contra el pulgar mientras la electricidad iluminaba mis entrañas.

—Seré el primero. —Se inclinó y me lamió la espalda mientras se mecía contra mí. —Hagamos que esta vagina se abra completamente y luego trabajaremos en el resto de ti.

Agarré las sábanas y atrapé los gritos detrás de los dientes apretados mientras él se movía hacia arriba y empezaba a cogerme lentamente, y luego más rápido... más fuerte. El placer me atravesó, y exhalé profundamente, relajándome mientras él presionaba los últimos centímetros.

El mundo se incendió.

Reboté hacia atrás en su pene, rodando mis caderas y deleitándome con lo bueno que era ser completamente consumida por la lujuria. Ni en un millón de años había esperado sentirme tan abrumada.

Él me folló a través de tres orgasmos más, bombeando su pulgar grueso en mi culo y golpeándose a sí mismo profunda y duramente en mi cuerpo de manera experta. Tuvo que haber estado con más de una mujer. No habría otra explicación. Sabía dónde tocar, cómo follarme y penetrarme en formas que no

creía posibles.

—Voy a buscar un condón. Necesito acabar y luego podrás irte. —Se levantó de la cama y empecé a darme la vuelta sobre mi espalda, pero me detuve. Quería tener sus brazos a mi alrededor, mis brazos a su alrededor. Pero eso sería demasiado. Si me lo permitía, necesitaría esos brazos de nuevo.

De pie, me dirigí a la ventana y miré hacia afuera, dejando que las luces de la ciudad tomaran mi atención por un momento.

—¿Qué estás pensando, Pau? —Su voz era ronca. Era algo mucho más allá que por solo su turno para acabar.

—Que quiero que me folles contra esta ventana. —le dije, mirando por encima de mi hombro.

—Bien. Te follaré donde quieras. En cualquier momento. —Caminó hacia mí y deslizó sus brazos alrededor, atrapándome hacia él mientras se inclinaba y me presionaba.

Grité y agarré sus muslos mientras me apoyaba en el vidrio frío. No pude evitar concentrarme en la hermosa expresión de su rostro en el reflejo de la ventana. Su cuerpo se apretó contra el mío, los músculos se bloquearon al comenzar su orgasmo.

—Oh, mierda. Te necesito tanto. —Presionó su cara contra mi cabello y me levantó del suelo con el poder de sus empujones.

Quería abrirme a él tanto como él estuviera dispuesto a hacerlo conmigo. Para ser real. Para decirle que yo también lo necesitaba, pero no pude lograr sacar ninguna palabra a través de mi garganta apretada. Empujando hacia atrás, le hice trabajar duro y rápido mientras se quedaba quieto, gimiendo en profundas y deliciosas olas mientras se vaciaba en mí.

Sus dedos se apretaron en mis caderas. —Suficiente. Mierda. —dijo exhausto.

Una sonrisa levantó mis labios. —Pensé que dijiste que nunca sería suficiente. —le dije.

Él retrocedió y ambos exhalamos mientras se alejaba de mí. —No lo es, pero por este momento es más que suficiente.

Caminé hacia mi ropa y la recogí, poniéndome el vestido y agarrando mi bolso. —Te veré en la oficina mañana si llego a tiempo. Que tengas un buen vuelo. —dije.

—¿Qué? Paulette. —Se giró para mirarme mientras sacaba el condón de su grueso pene. —No te vayas todavía. Mierda, acabamos de terminar. —Se rio para esconder la necesidad en su voz.



—Me doy cuenta de eso, pero hemos establecido las reglas antes de empezar. La mejor cogida que he tenido en mucho tiempo. —Alcané la puerta, odiándome hasta el punto de querer vomitar.

—¿Eso es todo? ¿Una buena cogida? —Su frente se apretó mientras yo miraba hacia atrás.

—Sabías en lo que te metías, Rafa. Buenas noches.

—Pau. Quiero más. —Dio unos pasos hacia mí, pero levanté la mano.

—Entiendo, y esta soy yo diciéndote amablemente que no. ¿Acaso soy una mujer que da algo más? Nunca.

Me di la vuelta y salí con un sollozo alojado en mi garganta. *Fue para mejor.* No podría sobrevivir a un hombre como él, ni estaba dispuesta a intentarlo.

# CAPÍTULO 14

## RAFA

No tenía palabras para su despedida, aunque lo entendí. A pesar de todo, seguía siendo una perra. Mi esposa ya no me quería, y Paulette no estaba dispuesta a cederme ni un centímetro. Bien. Lo aceptaría entonces, carajo.

Después de conducir hasta la oficina del cliente esa mañana, tomé una sala de conferencias vacía y descargué mi computadora portátil, trabajando rápidamente para ver a quién teníamos programado visitar antes de que pudiera subirme a un avión y regresar a casa. Estar lejos de los niños durante demasiado tiempo me dejó con comezón y sintiéndome un poco deprimido.

La puerta se abrió detrás de mí, y el caballero mayor del día anterior metió la cabeza y asintió. —Rafael, ¿verdad?

—Sí, señor. —Me levanté y me volví para enfrentarme a él.

—Puedes venir por aquí, si quieres. Vamos a tener una reunión rápida en la sala de conferencias en lugar de arrastrarlos a una reunión tras otra. Paulette tenía razón ayer, el tiempo es dinero. —Se rio y abrió la puerta antes de mirar por el pasillo. —Por cierto, ¿dónde está?

—Algo personal surgió en casa, y tuvo que volar esta mañana. Estaba muy decepcionada por no haber podido venir y venderles el paquete una vez más. Intentaré ocupar su lugar, pero puedo decirte que después de cinco años de trabajar para ella, es casi imposible. —Sonreí y agarré mis cosas para seguir al tipo al pasillo.

—No puedo imaginarme tener una mujer fuerte como ella encima de mí. —Inhaló lentamente. —Ella es más que brillante. Ojalá hubiéramos podido llamar su atención hace unos años cuando buscaba trabajo.

—¿Se entrevistó con ustedes antes de ir a San Francisco? —Me detuve fuera de la puerta cerrada a su lado y le presté toda mi atención. Ninguno de nosotros sabía nada de Paulette, excepto que ella estaba a cargo y ninguno de nosotros la quería decepcionar.

—Así es. Era una mujer diferente en ese entonces, pero casi creo que la prefiero sobre la antigua. —Se rio. —Es irónico lo que la tragedia puede hacer por la gente. O nos fortifica para convertirnos en alguien nuevo y capaz de resistir el mañana, o nos deja en un agujero oscuro.

—La verdad es que no sé nada de ella. Sólo la conozco desde que llegó a San Francisco. ¿Es de aquí? —Mi interés era casi insalubre, pero retirarme parecía imposible. Necesitaba hacerle estas preguntas a Pau, y no a un tipo que la conocía del pasado.

—Creció aquí, fue a la escuela, se graduó como la mejor de su clase. Enseñó en el Estado de Washington por un tiempo, y luego decidió unirse a nosotros en el mundo corporativo. Trabajamos para reclutarla, pero pasó por lo que parecía ser un mal divorcio en ese momento, y necesitaba salir de Seattle para salvar su cordura.

—¿Quién era su marido? —Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. ¿Estaba casada antes? ¿Qué causó el divorcio? ¿Ella o a él?

—Era el fiscal del estado. Un hombre brillante. Un bastardo y medio. —El tipo agitó la cabeza. —De todos modos, hemos decidido seguir el consejo de Paulette, y vamos a seleccionar su firma para que nos ayude con nuestra próxima campaña publicitaria. Creo que ha descubierto algo con el tercer anuncio que le propusiste. Echemos un vistazo a todo esto y dejemos que el grupo comparta sus opiniones con ustedes. —Se detuvo. —¿Se lo dirás a Paulette? Estamos increíblemente orgullosos de ella.

—Por supuesto. —Le respondí como si la idea de quién era y de qué se protegía a sí misma se hubiera instalado profundamente dentro de mí.

Estaba herida. Malamente.

El pensamiento me hizo querer derribar la ciudad y romperle los dientes al que le hizo daño.

\*\*\*

Mi teléfono sonó cuando el avión tocó el suelo, y aunque prefería haber tragado piedras en vez de hablar con Vicky, contesté la llamada en caso de que se tratara de los niños.

—¿Hola? —Presioné el teléfono entre el hombro y la mejilla mientras me desabrochaba el cinturón y recogía mis cosas.

—Rafa. He estado pensando mucho en todo y quiero que sepas que lo siento. —La voz de Vicky era suave, cariñosa. Era algo que había estado esperando escuchar durante años, pero ahora poco o nada. La imagen de ella siendo follada en nuestra cama me pasó por encima y mi estómago dio vueltas. Todos esos años de ser fiel y orar para que comenzara una nueva fase en nuestro matrimonio, y sin embargo ella se acostaba con otro tipo.

—Siento que hayas arruinado nuestras vidas también. —Asentí con mi cabeza al piloto antes de bajar los escalones del avión.

—¿Hay algo que podamos hacer para reconstruirlo? No quiero perderte, ni a los niños. No tengo nada sin ti. —Empezó a llorar.

Me detuve en mi auto y suspiré un largo rato mientras miraba al cielo, buscando respuestas a preguntas con las que realmente no quería ayuda. —No. Mándame un mensaje para saber dónde te quedas y saber dónde enviar los papeles del divorcio.

—Rafa. Estoy en la casa. No me voy a ir. —Su voz se endureció.

Me subí a mi auto y lo puse en marcha.

—¿Por qué no me sorprende eso? ¿Traes a un hijo de puta a mi casa mientras yo trabajo hasta el cansancio para poner comida en la mesa, y ahora quieres quedarte con la casa por la que pagué?. Que bajo puedes caer, cuando creí que ya no podías más. Me faltan las palabras en todo esto. Todos esos malditos años de amarte esperando que me amaras también.

—Te amo.

—No. Y si así es como amas a alguien, entonces guárdatelo para ti misma. Ya he terminado contigo. Sal de la casa, o haré que la policía vaya y te desaloje. —Colgué el teléfono y lo tiré al asiento del pasajero, esperando que mis pensamientos se centraran en la abrumadora comprensión de que era lo suficientemente bueno para una mujer como Vicky. Sin embargo no estaba seguro de serlo para Pau.

Mis pensamientos no se quedaron ahí. Volvieron a nuestra noche juntos. Quería ser dominada, ser propiedad de alguien capaz no sólo de darle más placer del que ella pudiera imaginar, sino de amarla antes y después de que todo terminara.

La soledad que había visto en sus ojos era real. Podía asegurarlo después de hablar con aquel hombre, ella se había convertido en la mujer que era ahora por una mala razón. Estaba herida. Alguien la había dañado. Quizás, después de todo, su preocupación por mi y mi situación sentimental significaba algo, quizás su historia y la mía se parecían de alguna manera. Su marido la había engañado. Podría apostar que el tipo lo había hecho y eso la obligó a ponerse una máscara para poder continuar.

\*\*\*

—¿Cómo estuvo el viaje? —Mi madre me abrazó mientras entraba en su

cocina. Ella era mucho más baja que yo, pero estaba acostumbrado a sus largos abrazos. Eran un alimento básico desde la infancia.

—Estuvo bien. Conseguimos el contrato con el nuevo cliente, así que Paulette estará contenta. —Le besé la cabeza a mi mamá antes de entrar al comedor. —¿Dónde están los niños?

—En el tractor con tu padre. Divirtiéndose. —Se rio y se sentó. —Siéntate y habla conmigo.

Saqué la silla que estaba más cerca de ella y me arrojé en ella, suspirando largo rato. —¿Mathew también está con él?

—Sí. Ya es un jovencito que intenta parecer adulto, pero tu papá tiene una manera de convertirlo en un niño de cinco años de nuevo. Llevan todo el día montando ese condenado tractor. —Ella sonrió al extender la mano y tocando el dorso de la mía. —Sé que lo sabes, pero por si acaso tienes dudas... No es tu culpa lo que te hizo Vicky. Es de ella

—Lo sé, pero eso no evita que me pregunte por qué ella sentiría la necesidad de hacerme esto... Tiene que ser algo que hice o no hice. —Me encogí de hombros, no me entusiasmó la idea de abrirme a nadie, ni siquiera a mi madre.

—Lo sé, pero ninguna razón es suficiente, no era la forma, las cosas se conversan, antes de tomar malas decisiones. Ella fue una mujer egoísta y eso no es culpa tuya, Rafa. —Me apretó la mano antes de sentarse. —Ahora, dime cuándo vas a solicitar el divorcio.

—A finales de esta semana. —Me froté los dedos sobre los labios y me perdí en mis pensamientos. —Mamá, ¿crees que la gente que ha sido engañada tiene la necesidad de protegerse? Quiero decir, protegerse de verdad. Casi endurecerse y volverse insensible a la oportunidad del amor.

—Por supuesto que sí. —Ella agitó la cabeza. —Es muy lógico tener miedo, hijo. Pero a veces sentirse traicionado te puede llevar a creer que todo el mundo te puede herir si abres tu corazón, y una máscara puede ser una forma de creer que vencemos el miedo, pero simplemente lo escondemos ¿Estás haciendo eso?

—No yo, sino una amiga mía. —Di un largo suspiro. —¿Cómo la alcanzo y le muestro que no todos la quieren dañar?

—Amándola tal como es, Rafa. Haz que confíe en ti. La confianza puede lograr que abra su corazón y vuelva a creer, no solo en ti si no también en el amor nuevamente. —Ella sonrió. —Es tu jefa, ¿no?

—¿Cómo lo supiste? —Me envolví en mis brazos y traté de relajarme.

—Sólo lo sé. —Mi mamá sonrió.

No pude evitar preocuparme debido a que Pau había huido de nuevo.

¿Se estaba protegiendo a sí misma, o realmente le había pasado algo malo?

Y si era así... ¿Qué?

# CAPÍTULO 15

## PAULETT

El vuelo de regreso a casa era a las cinco de la mañana, y decir que estaba cansada habría sido quedarse corta. Me subí al coche en el aeropuerto y conduje en completo silencio hasta la casa de reposo donde mi madre había estado los últimos años. Después de que dejé Seattle, su enfermedad pareció empeorar. Había estado en esa casa los últimos dos años, perdiendo lentamente sus recuerdos de mí y de todos los demás.

Una bola caliente de arrepentimiento se alojó en mi garganta mientras aparcaba fuera del gran edificio adornado y pensaba en no lastimar a Rafa. Yo no quería, pero con mi madre muriendo y yo a punto de perder la última persona a la que sentía cercana, tenía que protegerme más que nunca. El amor podría venir después. Cuando fuera más fuerte. Cuando estuviera lista.

*Sigue casado, idiota.*

Me bajé del auto y respiré hondo, calmando mi corazón para lo que pronto iba a enfrentar. No había nada fácil en ver a tu propia madre tratando de descubrir quién eras. El no tener hermanos sólo empeoró la carga de ayudarla a recordar.

Caminé hacia la puerta principal y sonreí a un enfermero mientras abría la puerta y ayudaba a algunas señoras a entrar.

—Está hermoso aquí afuera hoy, ¿eh, Mildred? —El enfermero me guiñó un ojo y dirigió su atención a una de las mujeres, que se había detenido justo afuera de la puerta y levantó su rostro hacia el cielo como si estuviera entreteniéndolo a los ángeles.

Entré en el vestíbulo e intenté sacudir la idea de que le estaba dando la espalda a algo épico con Rafa. Pero no necesitaba concentrarme en él o en mí en este momento. Las próximas horas serían sobre mi madre y nada más.

—Hola, Srta. Paulette. —El tipo de la recepción se puso de pie y me sonrió.

—Hola Vince. ¿Cómo estás? Sigues tan guapo como siempre, por lo que veo. —le respondí.

Se sonrojó. Era más que tierno y podría haber sido mi abuelo, pero su dulce disposición y actitud positiva siempre me hizo sentir viva de nuevo.

—Aww, ahora guárdate tus cumplidos. Trabajé toda mi vida para que una mujer como tú se fijara en mí. Pero ahora solo estoy deseando jubilarme, comer y dormir la siesta. —Nos reímos mientras él levantaba una llave en el aire. —Tu madre aún no se ha despertado. No ha estado muy bien últimamente. Así que prepárate, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y caminé por el pasillo mientras la tristeza rodaba sobre mí en grandes olas.

Me detuve afuera de su puerta y apreté mi mano contra ella mientras mis rodillas se doblaban.

*Estás bien. Detén esto. Estás bien. Estás bien. Todo va a salir bien.*

La devastación se alojó en mi pecho y respiré superficialmente antes de empujar la puerta. Mi madre estaba sola, con los ojos cerrados y respirando profunda y tranquilamente.

Una sonrisa tocó mis labios mientras un millón de recuerdos recorrían mi visión. Ella había sido una gran madre, una mejor amiga y alguien en quien podía apoyarme en cada momento de mi vida. Durante mi divorcio, ella fue la razón por la que no me escondí en un agujero oscuro.

Las lágrimas nublaron mi visión mientras caminaba hacia ella y abría las ventanas. Cinco años. Todo había empezado cinco años antes con Roland engañándome y mi divorcio. Mi padre murió un año después, y mi madre se enfermó posterior a eso. En los últimos dos años, básicamente la había perdido. Ella no reconocía nada. A nadie. Ni siquiera a mí.

Levanté el taburete junto a su cama y tomé su mano, apretando mi mejilla contra ella mientras soltaba un suspiro tembloroso. —Hola mamá. Estoy aquí. Si puedes oírme. Te amo tanto.

No había razón para quitarme las lágrimas de mis mejillas. No iban a parar hasta que se despertara y me llamara por mi nombre.

—Conocí a alguien. Bueno, no recientemente. —Me reí, dejando que mi guardia se desintegrara completamente ante ella. Ella era mi lugar seguro, mi bienvenida a casa sin importar dónde estuviéramos. —Ha trabajado para mí los últimos años, y pronto se divorciará. No quiero que eso pase, pero es un buen hombre, mamá —guarde silencio un momento y continúe.

—Creo que él es el indicado, pero eso me asusta... tanto. —Le rocé mi mejilla contra su mano otra vez y la apreté. —¿Puedes oírme?

Nada.

—¿Mabel ha estado cuidando bien de ti? —Bajé su mano y la alcancé, cepillándole los rizos blancos de su frente y rezando para que abriera los ojos



y me diera un comentario sabelotodo. Aunque no sabía quiénes eran los que la rodeaban, seguía siendo mi madre. Graciosa. Audaz. Sarcástica hasta la médula.

—Paulette. —Oí la voz de Mabel. Estaba de pie junto a la puerta, con una mirada sombría en su cara.

—¿Qué? ¿Por qué te ves así? —Me levanté y caminé hacia la mujer mayor.  
—¿Qué pasa?

—No creo que tengamos mucho más tiempo con ella. Quieren trasladarla a un hospicio esta tarde.

Las lágrimas llenaron los ojos de la mujer mientras yo susurraba mi respuesta.

—¿Qué? No. ¿Por qué? —Volví a la cama, agarrando la mano de mi madre con fuerza. —Despierta. Despierta, mamá. Diles que estás bien. Díselo.

—Cariño. —Mabel me agarró de los hombros por detrás. —No responde a nada.

—¡Está respirando!

Me alejé de ella y me giré mientras me salían sollozos profundos. Me estaba agrietando. No, no podría. No estaba segura de cómo recomponerme. La última vez me llevó mucho tiempo.

—Apenas respira, y por alguna razón, no está dispuesta a despertarse. La tuvimos en varias máquinas anoche, Paulette. —Cerró los ojos y dejó caer la cabeza. —Veamos si el hospicio la puede ayudar.

—¿Hospicio? La gente va al hospicio a morir, Mabel. No van allí para mejorar. —Estaba gritando en ese momento.

Vince apareció en la puerta, sus cálidos ojos estaban llenos de dolor. —Pau. Sabes que hemos hecho todo lo que hemos podido. Pasa un tiempo con ella, tómate unos días libres y te conseguiremos una habitación. No va a durar mucho.

—Correcto. —Di un paso atrás y me puse la mano en la cara, limpiándome la nariz mojada mientras trataba de averiguar qué mierda se suponía que tenía que hacer con la idea de que mi madre muriera. —Voy a coger algo de ropa, y luego volveré.

—Déjame llevarte. —Mabel extendió la mano y me tocó el costado de la cara.

—No. Necesito estar sola. Volveré en unas horas. —Me volví y caminé hacia mi madre, inclinándome y besando su cabeza unas cuantas veces más. —Despierta. Por favor. No puedo hacer esto sin ti. No tengo a nadie, mamá.

Nadie.

Me recompuse y me di la vuelta, atravesando la puerta sin decir una palabra más. Volví a casa en un silencio pétreo, empaqué mis cosas y me detuve en la bahía antes de regresar. Necesitaba sentarme junto al agua y procesar cómo las cosas se habían vuelto tan sombrías de nuevo. Había trabajado tan duro para asegurarme de mantenerme erguida ante la vida, y, sin embargo, aquí estaba de nuevo, con el corazón apretado de dolor.

Estaba en el borde de un acantilado con la soledad empujando mi espalda con toda su fuerza.

Me levanté en el momento en que pensé que ya no podía soportarlo más, me sequé la cara y conduje hasta la oficina en la oscuridad. Sé que podría haber mandado un correo de aviso, algo formal, pero en este momento necesitaba conducir, respirar y pensar. El camino al edificio serían quince minutos en los que podría recobrar fuerzas, entrar en el edificio sería resucitar un parte de la Paulette ‘hija de puta’ que siempre estaba bien y que nada la rompía. Me podría sentir con el control una última vez, antes de regresar a ver a mi madre, donde ninguna coraza tenía mi talla y simplemente quedaba expuesta. Ya eran más de las ocho y el edificio debería estar vacío, simplemente reorganizaría mi agenda y dejaría una justificación para mi jefe y una nota para Rafa.

Mi trabajo era mi segunda responsabilidad mas importante, no sabía cuanto tiempo tomaría esto, esperaba que mucho. Pero necesitaba al menos comunicar mi falta, así podría ir a sentarme al lado de mi madre un poco mas en paz, hasta que ella también me dejara.

# CAPÍTULO 16

## RAFA

No podía quitarme de encima el hecho de que necesitaba verla. Era codicioso y jodido, pero mis entrañas estaban apretadas, y mi corazón lleno de pena por saber que había pasado por algo malo, y que probablemente justo ahora también estaba sucediendo algo que podría tenerla mal.

—¿Dónde estás, Pau? —Murmuré mientras me dirigía a la oficina. Había llegado del viaje directamente a ver a mis hijos.

Ellos estaban metidos en la cama de visitas en la casa de mis padres. Estaban seguros y cómodos. Yo estaba intranquilo y ansioso, decidí ir a la oficina para tener todo preparado para la mañana siguiente. Esperaba que Pau no tuviera el peso de las trivialidades del trabajo y quería adelantarme para que ella estuviera tranquila. No tenía idea donde estaba, y sabía que era poco probable que me digiera lo que sucedía. Solo podía apoyarla con lo que sabía hacer, mi trabajo. Si ella estaba pasando por algo yo no quería ser una carga.

Aparqué y me dirigí al edificio, más que sorprendido de ver su auto en su lugar habitual. Estaba en el trabajo. Bien. Una parte de mí quería ser el hombre que la apoyara desde afuera, como me lo había pedido. La otra parte, la más dominante. Necesitaba poner los ojos en ella. Para tocarla y forzarla a que me dejara entrar. No se trataba de sexo, sino de querer ofrecerle calidez, aceptación, la seguridad de que ella era cada parte de la mujer que yo creía que era y que no necesitaba más. Quería ser un poco su dueño, pero solo para protegerla como ella lo valía.

El ascensor tardó una eternidad, y la preocupación se apoderó de mí de que ella se hubiera subido al otro y bajaba mientras yo subía. Tecleé mi código en la puerta y caminé por el pasillo, dando un suspiro de alivio al ver su luz encendida y la puerta abierta.

Estaba doblada sobre su escritorio, su camisa blanca abotonada abierta en la parte superior. Sus pechos moldeados a la perfección por su sostén, la posición hacia que sus senos estuvieran perfectamente expuestos y aunque sabía que no era el momento, mi cuerpo se endureció al pensar en presionar mi boca contra ella. Me arrepentí de no darle la vuelta y tratar sus pechos con la atención que merecían la noche anterior.

—Paulette. —Me detuve en la puerta y traté de actuar relativamente casual. —Me sorprende encontrarte aquí.

Levantó la vista y pude ver la hinchazón alrededor de sus ojos. Me ablandó inmediatamente. Quería ser cualquier cosa que ella necesitara. Amante. Amigo. Empleado.

—Hola Rafa. —Su voz era dura. —Estaba dejando unas cuantas notas. Voy a estar fuera unos días.

—¿Surgió algo? —Tenía que preguntar. Tenía tantas ganas de saber lo que le estaba pasando. Entré en su oficina y apreté mis manos contra su escritorio mientras ella miraba hacia arriba. Su máscara encajada tan fuertemente en su lugar que me maravillé de sus habilidades como actriz.

—Sí. ¿Conseguimos el trato en Seattle? —Preguntó. Luego tomó un trozo de papel y caminó a mi alrededor, dejándome que la siguiera si quería hablar. Su falda le quedaba bien ajustada, y maldita sea si no la estaba desnudando para cuando entramos en la gran oficina al final del pasillo.

—Sí, y me dijeron que te dijera lo orgullosos que están de ti. Por lo que te has convertido. —Presioné mis manos a cada lado de la puerta, forzándola a detenerse frente a mí mientras intentaba salir de nuevo.

—No saben una mierda sobre mí. —dijo mientras levantaba la vista con sus ojos fríos.

—Nadie lo sabe. —Me incliné y pasé mi nariz por encima de la de ella. —No he dejado de pensar en ti desde que sacaste tu culo de mi habitación anoche. ¿De qué tienes miedo, Paulette?

—De todo. —susurró y pasó por debajo del brazo, dejándome débil y trabajando para que el aire entrara en mis pulmones. Una grieta en la superficie de su fuerza era estimulante y me odiaba por querer arrancar sus paredes.

—¿Necesitas que me concentre en algo mientras no estás? —Pregunté, me di la vuelta y volví a su oficina. La idea de no verla durante unos días lo dejó todo lúgubre y gris. Fue raro lo mucho que me afectó.

Se quedó junto a la ventana, mirando hacia afuera.

Caminé detrás de ella y presioné mis manos contra el vidrio que tenía delante antes de inclinarme hacia abajo y besarle suavemente el cuello. —Déjame sacarte de aquí.

—¿Adónde iríamos? —Dijo, se giró y me miró. —¿Y cuánto tiempo podríamos quedarnos juntos antes de que la realidad se haga presente?

—Déjame entrar Pau. —Me agaché para tocarle la cara mientras ella se

alejaba y caminaba hacia su escritorio.

—Concéntrate en terminar el proyecto actual y ver si puedes hacer que la junta revise nuestro informe final de principios de semana. Quiero cerrar todo esto cuando vuelva el lunes. —dijo. No miró hacia arriba, pero no necesitaba que lo hiciera.

Caminé hacia la puerta y la cerré con llave antes de moverme detrás de ella y pasar mis manos por encima de sus hombros. —Estás tensa.

—La vida apesta la mayoría de los días de la semana, y estoy a cargo de la agencia de publicidad más grande del mundo. Por supuesto que estoy tensa. Deja de señalar lo obvio. —Comenzó a relajarse mientras yo trabajaba mis dedos contra los duros músculos de sus hombros.

—Relájate un rato. Déjame que te cuide. —le dije. Me apretujé contra ella, disfrutando de su gemido mientras mi erección se encajaba entre las curvas de su trasero. —Déjame follarte aquí esta noche.

—Sí. —susurró y se apretó contra mí. —Sé rudo.

—Cualquier cosa que quieras de mí. —Me moví por su espalda hasta que presioné mis rodillas contra el suelo. Inclinandome hacia adelante, le froté la cara por el culo y las piernas mientras trabajaba con las manos bajo su falda, empujándola hacia arriba deslizando sus manos sobre su escritorio, tiró las cosas al suelo.

—¿Por qué, Rafa? ¿Por qué cualquier cosa? —Ella gimoteó mientras yo le presionaba la espalda, forzándola a aplastar su pecho contra el mueble.

—Deja de hablar y disfruta conmigo. —Lamí los bordes de sus bragas antes de pasar mis dedos justo dentro de ellas, empapándolos en su humedad. —Dios, eres tan hermosa, nena. Eres una diosa.

—Shhhhh... —Ella presionó hacia atrás mientras yo levantaba y tiraba de sus bragas hacia un lado, lamiendo sus pliegues y chupando suavemente. Ella quería duro y fuerte, pero yo quería tierno y lento. Necesitaba a alguien que le hiciera el amor, y ese alguien sería yo. —Más fuerte, Rafa.

—No. —Chupé su clítoris en mi boca antes de lamer la larga línea de su cuerpo, rodando mi lengua contra su apretado trasero y apretando mis dientes contra sus nalgas. —Ven a un hotel conmigo. Tomemos una ducha juntos.

—No. —susurró ella.

—Un baño de burbujas. Te haré trabajar en este pene que sé que te encanta. Puedo follarte toda la noche. —Le lamí el culo de nuevo mientras gemía y se apretaba.

—No, no quiero nada de eso. Sólo quiero ahora. —La tensión en su voz

me alcanzó, pero yo sabía que sólo había un camino para llegar a ella. A través de nuestra lujuria.

—No es lo que busco. —susurré contra su bonita piel rosada antes de ponerme de pie y extender mis manos sobre su espalda. —Pero lo que la dama quiere... lo consigo.

—¿Habías engañado alguna vez a Vicky? —Su voz tembló mientras preguntaba.

—Nunca. Y no lo habría hecho ni en un millón de años. Sin importar lo mal que se puso. —Yo retrocedí y ella se levantó, volviéndose para mirarme.

—Cógeme contra la pared. —Ella levantó su falda sobre sus caderas, arrastrando sus bragas hacia abajo y dejando su cuerpo perfecto en exhibición para mí. La lujuria rugió en mi centro y tiré de mis pantalones antes de levantarla y caminar hacia la ventana. La presioné hacia atrás mientras me envolvía con fuerza con sus brazos y piernas.

—Dime qué está pasando. —Me incliné hacia abajo y abrí la boca, presionándola contra sus senos y chupándole el pezón a través de la camisa.

—Necesito sentirte en mi piel. —dijo. Se desabrochó la camisa y se la tiró de los hombros antes de hacer lo mismo con el sostén. Meneaba mis caderas hacia adelante, deslizando mi pene a través de su humedad, pero no la penetraba todavía. Quería darle el control para que se sintiera segura de nuevo. Cueste lo que cueste.

Mirando hacia arriba, la inmovilicé con una dura mirada. —Dime qué te pasa. —insistí.

—No. —Me rasguñó la espalda, y yo me arqueé, empujando hacia ella mientras gemía con un montón de emociones que brotaban del sonido.

—Bien. Estoy aquí si me necesitas. —dije. Le lamí el costado de la garganta antes de agarrar su trasero y volver a chocar con ella. Su cuerpo se apretó contra el mío mientras asentía y cerraba los ojos, dejándose perder por mí aprovechando al máximo sus piernas abiertas.

—Sólo fóllame. Por favor, Rafa.

—Toda la noche, Pau. —La agarré con fuerza, le abrí el culo y trabajé duro para traerla. Ella se resistió, pero minutos después gritó mi nombre. El sonido de su éxtasis hizo que mis bolas se apretaran y mi corazón se rompiera. Tal vez Vicky no era la única que me engañaba todos estos años.

Yo quería a la perra sexy que se me imponía desde que la conocí, y estaría mintiéndome a mí mismo si no reconocía el hecho de que en algún momento me había enamorado de ella.

La necesidad de decírselo me estranguló, y me desquité con su cuerpo, dándole lo que tanto deseaba.

# CAPÍTULO 17

## PAULETT

—Tan bueno. Tan jodidamente bueno. —me quejé contra su grueso cuello mientras presionaba mi boca contra él y me aferraba. La penetración profunda me estaba volviendo loca, el agarre de sus dedos me dejaba inútil para cualquier cosa.

Había tanta pérdida y tragedia a mi alrededor y, sin embargo, allí, en sus brazos, dejándole usarme de la manera que quisiera, podía encontrar placer. Paz.

—Tu cuerpo se ajusta tan bien a mi pene, y sólo después de dos cogidas. —Sus ojos azules se llenaron de lujuria mientras me codiciaba con su mirada.

Los escalofríos bajaron por mi espalda y me dejé llevar por el acantilado del placer de nuevo. Era mucho mejor que cualquier otro acantilado en el que había estado últimamente.

—¿Por qué no hicimos esto hace años? —Susurré y clavé mis dedos en su cuello, dándome cuenta de lo insensibles que eran mis palabras mientras él frenaba sus embestidas. —Lo siento.

—No. Está bien. Quería hacerlo, Paulette. Pero no soy ese tipo. —Me apretó contra el cristal, metiendo su pene completamente dentro de mí mientras mi cuerpo se contraía a su alrededor. Trabajé para reducir la velocidad antes de que me diera el siguiente orgasmo. —Yo no engaño. Respeto a la mujer con la que estoy. Eso es lo que soy.

Me corrió el pelo hacia atrás mientras las lágrimas nublaban mi mirada. —Bájame. Te la chuparé, pero ya no quiero esto.

Una risa le dejó, sorprendiéndome. —No. No tienes que devolverme el cariño. No estoy listo para decir que te amo, pero te he deseado desde el primer día que te vi.

—Sólo como un objeto para follar. —dije. Cerré los ojos y apreté mis brazos alrededor de su cuello, levantándome y bajando para empalarme sobre él. Ambos gemimos profundamente.

—No, nena. Eres una mujer fuerte con mucho más que ofrecer de lo que crees. —Me agarró el culo y me tiró al sofá antes de sentarse y recostarse. —Hazlo conmigo. Toma todo el placer que puedas, pero no te escondas de mí.



Cógeme como quieras. Libera esas emociones sobre mi cuerpo. Yo haría lo mismo contigo. —dijo.

Respiré profundamente y apreté mis manos contra su carne tensa. Los fuertes músculos de su pecho y abdomen se flexionaron debajo de mí y él levantó sus caderas y se encontró conmigo golpe tras golpe. Giré mis caderas y encontré varios ángulos donde todo parecía posible, y el placer era intenso.

Me tocó el costado de la cara. —Abre los ojos. Quiero que veas con quién estás. —dijo.

Asentí con la cabeza, no queriendo, pero necesitando mantener el ritmo de nuestro sexo. Estaba tan cerca de algo asombroso, y era lo suficientemente codiciosa como para tomarlo.

La mirada en su hermosa cara era de resolución. Me perseguía y no se rendiría pronto.

—¿Te gusta lo que ves? —refunfuñó mientras su mano libre palmeaba uno de mis pechos, tirando y jugando con él antes de mostrar la misma atención al otro.

—Me encanta. —dije. Me lamí la boca y me senté, inclinándome hacia atrás y presionando mis manos sobre sus piernas mientras dejaba caer mi cabeza hacia atrás y me levantaba de su grueso miembro, masajeando su cabeza y deslizándome hacia abajo por él. Que pudiera soportar tanto pene era chocante, pero tan deliciosamente bueno.

Su pulgar pasó por encima de mi clítoris, y grité.

—Quiero atarte la próxima vez. Ataré tus bonitas manos y pies a la cama y te forzaré a la sumisión hasta que te des cuenta de algo, Paulette. —Su voz era tan profunda. Jugó conmigo, y ahora me daba señales para que cediera. Para rendirme.

—¿Darme cuenta de qué? —Me senté y clavé mis uñas en sus muslos mientras él movía sus caderas y tomaba el control de nuestro ritmo. El sonido de su carne entrando y saliendo de la mía, el olor de nuestra lujuria, la forma en que me miraba... fue demasiado.

—Que puedes confiar en mí y me des acceso a ti —Su mano se deslizó entre mis pechos que rebotan y ahuecó la base de mi garganta. —Dame algo. —dijo.

—No. Vete a la mierda. —Grité fuerte mientras mi orgasmo se estrellaba contra mí.

Rafa nunca se rindió. Nunca dejó de follarme. Incluso aumentó sus impulsos para ser más duro y más profundo a medida que el mundo explotaba

a mi alrededor. Cada gramo de dolor se derrumbaría más tarde esa noche, pero por ahora yo era de él. Nada más. Nada menos que eso.

\*\*\*

Me acosté junto a él en el sofá, ninguno de los dos tocando al otro, sino tirados, jadeando con fuerza. Tres horas más tarde, nos obligamos a subir a alturas que ninguno de nosotros hubiera esperado.

—Vas a ser mi muerte. Ni siquiera puedo estar en una habitación contigo sin tener una erección. ¿Y ahora qué? Mierda. Sé lo bien que te sientes, lo delicioso que sabes. —Se llevó mi mano a los labios y la besó suavemente. —Quiero más. —dijo.

Me reí y me volví para mirarlo. —Sé lo que se siente. Odiaba lo mucho que me excitaste los primeros años que estuve aquí. Es decir, porque nunca estaría con un hombre casado. Estabas fuera de los límites, pero no puedo decirte las noches que me jodí tan fuerte con tu nombre en la lengua.

—Mierda, Pauly. —Su voz sonó mientras gruñía. —No me digas eso. Lo hace peor.

—¿Qué vas a hacer con tu vida? —Pregunté. No quería saberlo, pero lo necesitaba. Me estaba preparando para otro momento oscuro de mi vida. ¿Estaba dispuesta a dejarle entrar en eso?

Dependía de muchas cosas, pero primero sobre lo que planeaba hacer con Vicky.

—Voy a volver a casa de mi madre esta noche, a menos que me invites a ir a tu cama contigo. —dijo y movió las cejas, ablandándose en formas que yo no quería.

—Ojalá. Tengo algunas cosas más de las que tengo que ocuparme esta noche, o lo haría. —Mis dedos temblaron al extender la mano y tocar el costado de su cara. —No puedo dejarte entrar. Quiero hacerlo, pero ahora mismo no puedo. Perdóname.

—Nada que perdonar, nena. —Se acercó, pero no me abrazó. Entrecruzó nuestros dedos y levantó nuestras manos unidas como si las estuviéramos estudiando. —Tienes que curarte, igual que yo. Creo que podríamos hacerlo más rápido juntos, pero estoy dispuesto a hacerlo de la forma que quieras. No quiero que la puerta se cierre. Todavía no.

—Soy una perra, Rafa. Una perra malvada y fría. No planeo cambiar eso. —Lo miré como si fuera un sollozo que se alzara en mi pecho.

—No, finges bien, pero no eres tú. No soy un idiota. Te observo de cerca, y la mujer de abajo es a la que quiero acceder. Me quedaré con la de la superficie hasta que confíe en mí lo suficiente como para abrir la puerta un poquito. —Se inclinó y apretó sus labios contra los míos. —Es una advertencia justa. En cuanto lo hagas, me zambulliré en lo profundo contigo.

Me presioné en un beso antes de ponerlo encima de mí para otra ronda de sexo. No quedaba nada más dentro de mí en lo que respecta a esa conversación.

Me hizo el amor como un hombre hambriento durante una hora. Era apasionado y duro, como yo lo necesitaba. El que lo hiciera así me dejó con una conclusión. Aunque él quería hacer el amor, se lo negó a sí mismo. Los hombres sólo hacen eso cuando están enamorados.

# CAPÍTULO 18

## RAFA

Aún era de noche, pero amanecería pronto. La besé mientras subíamos a nuestros coches, y esperé a que se fuera delante. Cada parte de mí quería ir tras ella, para averiguar a dónde iba, y qué le dolía tanto, pero la confianza no se construía escabulléndose en las sombras de ella.

Volví a la casa de mis padres, me duché y me metí en la cama entre mis hijos. Encontré un lugar cómodo y me quedé despierto, pensando en todo.

Paulette necesitaba que la lujuria fuera su consuelo, y yo era bueno dándoselo. Recé para que los niños la quisieran. Y lo que me dejó sonriendo en la oscuridad como un mapache fue la confirmación de que yo realmente creía que ella sería mía.

Ella no iba a presionar mucho más, ¿pero yo? Estaba listo para entrar en su vida como lo hice la primera noche que hicimos el amor. Lento y constante, con mucha presión y brazos fuertes para atraparla si se cae.

Me quedé dormido con ella en la cabeza. El futuro estaba cambiando lentamente, y no pude evitar sentir una sensación de tranquilidad con el rumbo que tomaba.

—¡Papá! Mamá está aquí. ¡Levántate! —Tania me tiró de la camisa y gritó justo al lado de mi cara, despertándome de una manera que me habría hecho gruñir hace unas semanas. Pero ahora no. Todos necesitábamos cariño. No sólo yo.

—Muy bien. Estaré allí en un momento. —Me di la vuelta y dejé salir un gemido. ¿Qué hacía Vicky en casa de mis padres?

Esto no puede ser bueno.

Me levanté de la cama y me detuve en el baño, apurándome sólo cuando oí a Vicky y a alguien más gritándose en el pasillo. Mi madre era una bella sureña. No había forma de que le gritara a mi futura ex-esposa. Ni tampoco mi padre. Conmigo siendo su único hijo, se mudaron de Oklahoma hace años para estar cerca de mí y de los niños. No harían nada que pusiera en peligro su relación con ninguno de nosotros.

Corrí por el pasillo para encontrarme de frente con Mathew en la cocina. Mi madre se paró a un lado, llorando.

—Mathew, amigo. —Agarré a mi hijo por los hombros, dándole una sacudida. —No le grites así a tu madre. Nunca mas.

—Ella te hizo esto. ¡A nosotros! —Su cara se desmoronó mientras me golpeaba en el pecho. —¡Que se jodan todos!

Lo solté y me di la vuelta para ver cómo se iba mientras mi corazón se partía en dos. Me volví hacia Vicky, medio esperando sentir ira o tristeza, pero una vez más, nada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Mantuve la calma en mi voz.

—Vine a darte tus llaves y a recoger a mis hijos. Son míos, Rafa. Salieron de mi vagina. —Me clavó el dedo en el pecho.

—Oh, Dios mío. —Mi madre se dio la vuelta y salió de la habitación. —Voy a encontrar a Mathew.

—Dile a papá que te ayude a encontrarlo. —le dije antes de mirar a la mujer que pensé que amaría para siempre. —No tienes derecho a ellos, Vicky. No eres una madre en absoluto. Dame la llave. —Le abrí la mano.

—No me iré de aquí sin ellos. —Dejó caer la llave en mi mano y puso sus manos en sus caderas. —Son míos.

—No han sido tuyos en mucho tiempo. Quédate todo el tiempo que quieras. Los niños no van a ir contigo. —Entré a la sala de estar y me senté mientras Tania saltaba y caía en mi regazo.

—Tania, vamos, cariño. Vámonos a casa. —Vicky se paró junto a la abertura de la sala de estar. —Mami te hará un queso a la parrilla y podremos ver Disney.

—No, me quiero quedar con papá. —Exprimí a mi hija en un abrazo y miré a Vicky. Tany se acurrucó contra mí.

—Han estado solos por mucho tiempo en esa casa contigo. —Agité la cabeza. —Todos nosotros, Vicky. Ya fue suficiente. Aguantamos bastante, pero todo tiene un límite. Deseaste no hacerte cargo de nada, ni de tus propios hijos y ahora tu deseo se cumplió y también te quejas.

—Basta, Rafa. No me voy a meter en esta mierda contigo. —Se encogió de hombros y agarró su bolso. No era para nada la chica con la que me casé. —Te veré en el tribunal. Esto no ha terminado.

—Sé que no. —Me incliné y apreté los labios contra la cabeza de Tany, acurrucada con fuerza y deseando que no recordara nada de esta época de su infancia. Mis padres habían sido buenos, cariñosos, sólidos. Nunca tuve ninguna tragedia con la que lidiar, pero Tany a su corta edad ya tenía la suya.

—Te quiero, papá. Hasta el infinito y mas allá. No me dejes, ¿ya? —Me

miró, su pequeña expresión de siete años me robó el corazón.

—Nunca te dejaré. Vamos a envejecer juntos y engordar con los quesos a la parrilla y las películas de Disney. —Se rio y me golpeó con su pequeña mano. —¿Películas del gordo Disney? —Traté de hacerla reír, y lo hizo, cambiando mi estado de ánimo casi instantáneamente.

Quería que Paulette conociera a mis pequeños, que se preocupara por ellos, pero estaba siendo un soñador. Era demasiado pronto.

Ni siquiera se preocupaba por mí todavía, no le importaba la estabilidad de la familia ni de nadie.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo y levanté a Tania de mi regazo y la senté a mi lado. Se levantó del sofá y me dejó solo en la sala de estar.

Paulette.

—Hola. ¿Qué pasa? —Nunca me había llamado antes. Fue emocionante y me dejó sintiéndome como un adolescente una vez más.

—Rafa. ¿Puedes venir a buscarme? —El tono de su voz era sofocante. Estaba llorando. Duro.

—Sí, nena. ¿Dónde estás? Envíame la dirección. Me iré ahora. —Me levanté cuando ella colgó.

Mi corazón se hinchó en mi pecho mientras corría hacia la puerta trasera de la casa. Golpeé la puerta de pantalla y corrí hacia mi mamá y Mathew. Mi padre estaba caminando con Tania a un lado de la casa.

—Oye. ¿Estás bien? —Me arrodillé frente a mi hijo apretando sus muslos. —Sí, papá. Siento haberte golpeado. ¿Me perdonas? —Sus ojos aún estaban llenos de lágrimas.

—Ya está olvidado, amigo. —Me incliné y le di un fuerte abrazo. —Tengo que correr a ayudar a una amiga que está en problemas. ¿Pueden esperarnos para la cena? Creo que les gustará, pero recuerden, es sólo una amiga. ¿Está bien?

Mathew se limpió los ojos y levantó las cejas. —¿Ella no es la que te amará como tú la amarás a ella?

Me reí y miré a mi madre. —Reza una oración por ella. Sé que crees en esas cosas. —le dije.

—¿Por Paulette? —Mi madre me tocó un lado de la cara.

—Sí. Me está dejando entrar un poco más.

—Bien. Ve a buscarla y tráela aquí. Prepararé algo que cualquier chico de Oklahoma estaría orgulloso de servir a una amiga. —Mi mamá le pellizcó el costado a Mathew mientras se reían, burlándose de mí.

—Lo que sea. Ustedes son ridículos. —Me levanté y corrí alrededor de la casa, saludando a mi papá antes de conducir hacia la dirección que Pau me envió.

\*\*\*

Me senté fuera de la clínica de reposo, preguntándome qué demonios estaba haciendo allí. Me imaginé que lo que sea que estuviera pasando tenía que ver con su ex, aunque tal vez no.

Después de enviarle un mensaje en el que le decía que ya estaba allí, me bajé del auto y me dirigí a la puerta.

Ella misma la abrió, con los ojos inyectados de sangre, el pelo desordenado y la nariz hinchada. La envolví en un abrazo y me deleité cuando se hundió en él y empezó a llorar.

—Nena... ¿qué pasa? —Besé el lado de su cara, frotando mi nariz contra su mejilla. —No digas nada si no quieres.

—Me quedaba solo una persona en el mundo. —Me apretó la cara contra el cuello. —Mi madre... Y acaba de fallecer.

# CAPÍTULO 19

## PAULETT

No iba a llamarlo. Pero en el momento en que mi madre dio su último respiro, me congelé, sabía que si botaba una lágrima no me volvería a levantar. Así que respiré profundo y cuando el doctor confirmó su hora de fallecimiento hice todos los contactos y trámites. En el momento en que la tinta de mi lápiz puso el punto a mi firma final. No hubo más. En ese momento no necesitaba mantenerme en pie, mi madre sería cremada y pocos días después sus cenizas serían divididas en una ánfora y otra para ser lanzadas en el océano pacífico, como era su deseo en vida. Había soportado elegir el servicio, las flores, el color de la ánfora, las preguntas de doctores, pagos y rellenar documento tras documento, pero ya había terminado. Y el llanto que me esperaba en el fondo de mi pecho brotó. Una ola se abalanzó llenándome, cubriéndome, sabiendo que no la volvería a ver, a sentir, a abrazar. Su olor, su voz y su calidez ya no volverían jamás. El dolor era profundo. Sí, sentía que ella no merecía esta vida postrada, pero al final, la muerte nos muestra lo egoístas que somos cuando amamos. Después de vaciar mis pulmones y deshidratarme en llanto sobre la cama vacía donde había pasado sus últimos minutos, no tuve lugar, no supe donde ir o que hacer. Y marqué su número, porque él era el único lugar donde se sentía bien estar. Sus brazos eran los más protectores que había conocido. Y me resistí a llamarlo, por miedo, porque sabía que no podía vestirme con armaduras ahora, no después de esto. Pero en el momento en que me abrazó, todo se desvaneció. El dolor de estar sentada con ella mientras respiraba por última vez. El dolor de saber que ya no había ilusión de retorno, y la fragilidad que me envolvía saber que ya no me volvería a abrazar. Todo desapareció por el momento.

—Ven a casa conmigo. —Presionó su boca justo al lado de mi oreja. —Sé que no quieres compañía, pero mi familia también está sufriendo esta noche. Deja que mi madre nos alimente, que mis hijos nos entretengan, y luego iremos a tu casa y haré lo que quieras.

Quería que me hiciera el amor con las ventanas abiertas. Sentir el viento contra mi piel mientras me recordaba que estaba viva y que superaría esto.

—Bien. —susurré contra su cuello. —Sólo sácame de aquí.



Él retrocedió y tomó mi mano, se volvió y nos llevó hacia el auto. Esperaba que me salpicara con preguntas, pero no lo hizo. Bajó todas las ventanillas, tomó mi mano con un apretón y encendió la música jazz.

Me incliné hacia atrás y cerré los ojos, sorprendida por la sintonía que tenía con él. Le eché un vistazo. —¿Te gusta el jazz?. —pregunté.

—Me encanta. —Me miró por encima. —Sé que no quieres oír esto, pero te ves increíble. Juro que mi maldito corazón se detiene en mi pecho cada vez que te veo.

—¿Últimamente? —Le pregunté.

—¿Últimamente qué? —Llevó mi mano hasta su mejilla, frotando el dorso de mis dedos. No podría imaginarme a un hombre más guapo en todo el mundo.

—Tu corazón se detiene en tu pecho cuando me ves últimamente. Antes sólo éramos compañeros de trabajo. —Me encogí de hombros. —¿Verdad?

—Desde que te conozco, Pau. He luchado desde que te conocí. —Me rozó los dedos con sus labios.

—Y sin embargo, nunca dijiste nada. Nunca hiciste un movimiento. —Se me apretó el pecho.

—Nunca lo habría hecho. Sin importar nada. —Se encogió de hombros y soltó mi mano. —Vicky era una esposa horrible, pero era mi esposa.

—Lamento tu pérdida. —Le apreté el muslo y volví a meter la mano en mi regazo. —Sé lo que se siente.

—¿Lo sabes? —Preguntó y miró hacia adelante, su voz era lo suficientemente fluctuante como para hacerme pensar que quizás no sabía tanto de mí como yo pensaba.

Es curioso lo paranoica que me había vuelto para evitar que todos supieran que me habían engañado. Que no era lo suficientemente buena. O realmente suficiente.

—Lo sé. Roland era el amor de mi vida, o eso creía. —Me reí simplemente porque no estaba segura de qué más hacer. —Se acostó con casi todas en nuestros siete años de matrimonio. Era poderoso y dirigía la ciudad de Seattle. Una gran personalidad y un gran hombre que conocer.

—No es un gran hombre si te engañó. —Me pasó la mano por detrás de los hombros, apretando suavemente mi cuello.

—Me doy cuenta de eso ahora, pero fue muy difícil dejarlo ir. Construimos nuestras vidas uno alrededor del otro, o tal vez yo construí la mía alrededor de él. Se suponía que la eternidad duraría más de siete años. —Presioné mis

dedos contra mis ojos. —Ya lo superé, pero eso me cambió. Me adormeció.

—Tiene el poder de hacer eso. —Giró suavemente y frenó el coche hasta detenerlo. —¿Prefieres que vayamos a otro lugar? ¿Algún lugar donde podamos hablar?

Levanté la vista a la casita de campo y sonreí. —No. Ese es el final de la historia. Me engaño. Mi madre y yo nos fuimos y vine aquí, y me prometí a mí misma que nunca más me enamoraría. Nunca jamás.

—Espero que esa historia tenga un final alternativo. —Se inclinó hacia mi asiento y me empujó hacia él, besándome lenta y profundamente.

Lo envolví con mis brazos y lo acerqué más a mí, codiciando su sabor contra mi lengua y necesitando más. Mucho más. —Yo también lo espero.

Algo golpeó el auto, y solté un aullido. Una niña pequeña se paró en la parte delantera con una mirada interrogativa en su cara.

—Es mi hija, Tania. —Rafa se rio y salió. —Vas a hacer mella en el coche, superchica.

La cogió y la hizo girar mientras ella chillaba con deleite. Me quedé junto al coche, enamorándome de él mucho más de lo que creía posible. No pensé que tener hijos sería algo con lo que volvería a soñar, pero al ver la satisfacción en la cara de Rafa... ¿cómo podría al menos no considerarlo?

Un chico guapo salió por la puerta principal, y se detuvo mientras se volvía hacia mí. —Soy Mathew. ¿Eres Paulette?

Me pasé los dedos por el pelo y asentí mientras Rafa hablaba.

—Ella es mi amiga, Pau, chicos. Ella trabaja conmigo. Bueno, en realidad, es mi jefa. —Se rio y caminó hacia la casa cargando a su pequeña. —Entra y vamos a comer algo. Me muero de hambre.

Caminé hacia la puerta y me detuve por Mathew mientras inclinaba la cabeza y me estudiaba.

—¿Estás bien?. —preguntó en voz baja.

—No. —Le di una sonrisa triste. —Mi madre acaba de morir.

—Oh, wow. —Alargó su mano y me apretó la mía. —Lo siento. Mi madre no murió, pero es como si fuera así.

—Yo también lo siento. —Puse mi mano sobre la suya, conectándome con él inmediatamente. —Yo diría que robemos una motocicleta y vayamos por un helado para poder llorarlas, pero no veo una moto en ningún lado.

Se rio a carcajadas, sorprendiéndome un poco. —Me agradas. No le hagas daño a mi padre. Es el mejor de los mejores.

—Sé que lo es. Dile que huya de mí. —Sonreí cuando entramos en la casa.

El olor a pollo frito llenó mis sentidos y respiré profundamente. No había tenido una buena comida casera desde que mi madre estaba bien. Me encantaba cocinar y, sin embargo, no encontraba ningún propósito en hacerlo para mí misma. Sólo me traía recuerdos que me dolían demasiado.

—Tú debes ser Paulette. —Una mujer corpulenta salió de la cocina y me abrazó. —Mi Rafael me ha hablado mucho de ti.

—No, no lo he hecho, mamá. —Se movió a mi lado y puso su mano en la parte baja de mi espalda. —Solo le dije que eras hermosa y que necesitaba ir a recogerte.

Me reí. —Eso es todo lo que hay que saber. —dije.

Su madre me estudió. —Lo dudo, pero está bien. Con el tiempo todos aprenden a dejar que el amor se salga con la suya. Es demasiado poderoso para negarlo por mucho tiempo.

—Mamá, ¿En serio? —Las mejillas de Rafa se volvieron rosadas cuando sacó una silla de la mesa para mí. —Vamos. Siéntate y te traeré un poco de té.

—¡Ya lo tengo! —Tania rebotó en la habitación y me dio el té antes de extender la mano y deslizar sus dedos por un mechón de mi cabello. —Eres la mujer más linda que he visto en mi vida. ¿Eres una modelo?

—No. —Sonreí y miré a Rafa. —Sólo una chica de negocios que quiere triunfar en este mundo.

—Podría ser modelo, ¿no?. —dijo Rafa mientras se sentaba a mi lado. —Traerte aquí fue un error. Mi madre verá esto y nunca lo olvidaré. —Señaló a su regazo, donde su pene era grueso y muy delineado.

Tiré de su servilleta hacia abajo en su regazo y agité la cabeza, agradecida de que no nos escucharan por el momento. —No puedo llevarte a ninguna parte. —dije.

Se rio y se inclinó hacia mí, abrazándome mientras todos los demás se unían a nosotros. —Entonces no lo hagas. Quedémonos aquí para siempre. —dijo.

—No sin pagar el alquiler. —dijo una voz que no reconocí. Un hombre mayor que se parecía mucho a Rafa se sentó a la cabecera de la mesa y me miró. —Encantado de conocerte, querida. Si no has comido comida al estilo sureño antes, esta noche te espera un placer.

Me reí y me acerqué a Rafa, sintiéndome extrañamente como en casa. Todos se sentaron mientras la mamá de Rafa ponía un plato grande de pollo frito sobre la mesa, y yo respiraba superficialmente mientras empezaban a rezar.

Me estaba abriendo de nuevo, pero no de una manera que me dejara rota, sino de una manera que me eventualmente me restauraría.

# EPILOGO

## PAULETT

*Once meses después*

Perder a mi madre me había sacado la máscara, seguía siendo una mujer fuerte y empoderada, pero ya no necesitaba alejar a las personas. Sentía que mi madre se sentiría orgullosa de verme realizada y feliz, siendo yo misma. Dejándome amar y amándome yo también. Rafa, era un hombre increíble y la compatibilidad sexual era solo una cosa de las muchas que disfrutábamos juntos, fue muy fácil dejarme abrazar por su amor. Sus hijo y familia me recibieron muy bien. Aun que su ex era un fastidio de mujer, su rápidamente superada. Insistió por sus hijos un par de veces y luego le acomodó seguir su vida sin cumplir con visitas ni nada. No la necesitábamos. Sí, poco a poco, me fui sintiendo parte de este núcleo. Los primeros tres meses de adaptarnos fueron rápidos y fáciles, pronto los niños me pedían quedarme mas y mas en la casa de los padres de Rafa y fue cuando evaluamos vivir juntos. Así que compramos una casa nueva, ya con el divorcio de Rafa listo, se vendió la casa antigua y nos fuimos todos a vivir a la nueva. Las cosas avanzaban como si siempre hubieran estado destinadas a ser así. Y bueno, aquí estábamos, compartiendo la vida y disfrutando de nuestro amor.

Hace dos meses dejé la firma y comencé mi propia agencia de publicidad con un socio. Es muy mandón la mayoría de los días de la semana, pero atarlo por la noche y montarlo hasta que le tiemblen las piernas normalmente lo pone en su lugar.

—Ven aquí, chica sexy. —Rafa llamó desde el baño mientras paseaba por el piso de nuestra habitación.

—No puedo. Tengo miedo. —Me mordisqueé el pulgar y me volví para mirarlo.

Gruñó y se movió por la habitación, abrazándome mientras se quedaba de pie en nada más que una toalla. —Te ves tan bien con mis camisas. Te pones esto para provocarme. ¿Y sin bragas?

—Claro. Por supuesto que sin bragas. ¿Qué clase de provocación sería usando bragas?. —dije, y gruñó profundamente. —Bueno, ¿Qué decía?. —pregunté.

—Dice que tienes que meter tu culo aquí dentro y comprobarlo. —respondió y me besó la punta de la nariz.

—Bien. Maldita sea, me pones de los nervios de punta. —dije. Me alejé de él y me dirigí al interior del baño. Había orinado en el test unos minutos antes, y estaba en el borde del fregadero. La palabra en color azul llamó mi atención y el aire abandonó mis pulmones. —Oh, Dios mío.

—¿Verdad? —Se acercó y me recogió, dándome vueltas. —Me encanta ser papá. Esto va a ser increíble Pau.

—Necesito un minuto. —Presioné mis manos contra mis labios y lo golpeé. —Vete.

—Está bien, nena. —Me besó la mejilla y salió, cerrando la puerta tras él.

Me dejé caer al lado del inodoro y dejé que el contenido de mi estómago se fuera. No estaba preparada para ser madre, ¿o sí? Quería esa relación, ese amor profundo e interminable que sabía que resultaría de tener un bebé, ¿pero estábamos listos? Ni siquiera estábamos casados.

Me cepillé los dientes antes de coger el test y volver a salir a la habitación. —Creo que deberíamos pedir una segunda opinión... —dije.

Rafa estaba en una rodilla, con el culo desnudo y el anillo levantado en el aire. —Cásate conmigo. Te amo como nunca imaginé que amaría a alguien. Eres todo para mí. Por favor, nena.

—Oh, Dios mío. —Presioné mis manos contra mi boca mientras mi estómago volvía a girar. —¡Por supuesto!

Tomé el anillo de la caja y lo puse en mi dedo mientras él se levantaba y me envolvía en un abrazo.

—Bien. Me asusté un poco por un momento. —dijo. Presionó su boca contra mi cuello. —No sé si podría haber sobrevivido a que me dijeras que no.

Me volví y bajé mis manos por su firme pecho, memorizando lo bien que se veía. —¿Cómo podría negarme? Te declaraste desnudo a propósito, ¿no?

Dio un paso atrás y sonrió mientras inflaba su grueso pecho. —Mierda, sí.

—Eres tan malo. Deberías ser castigado. —le dije. Lo alcancé, pero primero me agarró la muñeca con fuerza y nos hizo girar, poniéndome en la cama y arrastrándose encima de mí.

—O tal vez deberías ser castigada por hacerme esperar tanto. —Se apretó contra mí y trabajó en los botones de mi camisa.

—Los niños estarán en casa en una hora. Usémoslo sabiamente. —dije

Las cosas eran realmente maravillosas ahora, fluían de la manera correcta,

lo podía sentir así. No necesitaba pretender ser otra mujer, con ser yo misma le bastaba a Rafa, me sentía protegida, cuidada, valorada y respetada. Era feliz y mi corazón latía el doble de saber que en mi vientre había un bebé. Una pequeño ser, que dependería de mi, tenía temores, pero también tenía la seguridad de que podría con lo que fuera por que no estaba sola. Ahora tenía una familia que no me dejaría jamás.

**EL FIN**